
MÁS ALLÁ de PLUTÓN
por el PROFESOR HASLEY.
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO


Profesor HASLEY
MAS ALLA DE PLUTON
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

DEPÓSITO LEGAL V. -94-1958

PRINTED IN SPAIN

IMP. EDITORIAL VALENCIANA



CAPÍTULO PRIMERO

Aquella tarde del año 2.100, tenía un matiz suave y apacible y nada hacía prever que una gran catástrofe se cernía sobre los hombres y las cosas que poblaban aquel lugar.

Una incesante actividad reinaba en la zona del observatorio del monte Palomar.

Miles de trabajadores, bajo las órdenes de los capataces y técnicos, se afanaban en la inmensa tarea.

El antiguo observatorio había sido desmontado casi por completo y la planicie de su emplazamiento considerablemente agrandada.

La lente de cinco metros de diámetro fue transportada cuidadosamente a un nuevo y lejano destino y en su lugar, en un edificio circular construido expresamente, podía verse la lente fenomenal de doce metros, dispuesta para ser montada en el nuevo y maravilloso telescopio.

Veinte años se había tardado en construirla y más de uno en transportarla hasta el monte Palomar.

El gobierno de los Estados Unidos se había impuesto aquella

formidable tarea, cuyas repercusiones científicas afectarían al mundo entero.

El nuevo telescopio había sido calculado para alcanzar el límite de nuestra galaxia, de modo que todo el sistema de la Vía Láctea quedaría al alcance de la curiosidad humana, dispuesta a desentrañar sus secretos.

Una nueva ventaja podía sumarse a la anterior: los efectos de la reverberación luminosa, que hacen invisibles a los cuerpos en las proximidades del sol, serían anulados por esta poderosa lente, permitiendo de esta manera el estudio directo de Mercurio.

Un poblado de intensa actividad había nacido en las proximidades del monte y los trabajos se llevaban a un ritmo rapidísimo.

Lo que antes fue observatorio ejemplar había sido desmantelado y sólo quedaban en pie algunos instrumentos auxiliares y un pequeño telescopio.

La jornada había sido muy intensa y los hombres comenzaban a retirarse hacia sus alojamientos, donde repondrían sus fuerzas para reanudar al día siguiente, con nuevo ímpetu, la jornada.

Solamente en el pequeño observatorio provisional quedaba aún alguna actividad.

Nick Culberson, primer ayudante del observatorio, sorbió lentamente una bebida refrescante y se pasó el pañuelo por la frente sudorosa.

—Ha hecho un día de perros. Me parece como si estuviésemos dedicados a esta tarea desde hace mil años.

—¿No crees que exageras, Nick?

—¿Tú crees que exagero, Toby? Estamos trabajando a un ritmo brutal desde hace casi dos años. Hoy mismo me he levantado a las cuatro de la mañana y aún no he podido darme ni un momento de reposo.

—Ni creo que podamos dárnoslo en unas cuantas horas más —sonrió Toby—. Todavía hemos de hacer las observaciones del crepúsculo.

—¡Si al menos nos hubiesen dejado aparatos suficientes! —se lamentó Nick—. Con los pocos instrumentos que tenemos a nuestro servicio apenas si podemos cumplir medianamente nuestro cometido.

—¡Y eso a fuerza de estar haciendo operaciones durante varias horas! —respondió Toby.

Nick abandonó un momento la conversación para observar algunos aparatos.

—O mucho me equivoco o vamos a tener una tempestad dentro de muy pocas horas.

—El cielo está despejado —repuso Toby.

—Sin embargo el indicador manifiesta un gran potencial eléctrico sobre nuestras cabezas.

Toby se acercó a observar el aparato que consultaba su colega y constató la veracidad de su predicción.

—No nos haría ningún bien una tempestad eléctrica seca.

—¿Estás seguro de que la lente se halla bien protegida?

—Telefonearé a los encargados de su custodia para que extremen las precauciones. Nunca está de más prevenirse.

Uniendo la acción a la palabra, Toby se puso en contacto con los encargados del edificio circular donde se almacenaba el poderoso instrumento óptico y transmitió las instrucciones necesarias.

—Todo marcha perfectamente, Nick. Cerrarán la cúpula y aislarán la lente mediante las prensas hidráulicas.

—Creo que es todo lo que podemos hacer por ahora.

—Hemos hablado demasiado, Nick. Aún hay un montón de observaciones que realizar.

Durante una hora, los dos hombres se sumergieron intensamente en su trabajo. Nick iba consultando los instrumentos y daba una serie de misteriosas cifras a su amigo, que éste iba anotando cuidadosamente en un bloc y transmitía poco después a un pequeño cerebro electrónico.

—Reverberación de la luz: cero, cero, cero tres. Índice de desviación: cuatro. Derivada de la elíptica en el ángulo de incidencia: positiva.

Toby anotaba las indicaciones y luego ponía en marcha el cerebro electrónico.

—Según estos datos no comprendo la previsión sobre la tempestad electro-magnética que señala el indicador.

—Hay tantas cosas que yo no comprendo, Toby, que ya no pierdo el tiempo pensando en ellas. Me limito a consultar los instrumentos, registrar los datos y hacer las operaciones oportunas. Pensar sobre estas cosas queda para el profesor Holm.

—También el profesor está trabajando endiabladamente. Desde que el gobierno le confió la dirección de este trabajo no ha tenido ni un instante de tranquilidad.

—Reconozco que es así. Ser un premio Nobel tiene sus ventajas... y sus inconvenientes.

Media hora más duró el trabajo de aquellos hombres. La tarde fue oscureciéndose hasta fundirse con la noche a través de un breve crepúsculo.

El limpio azul del cielo se fue emborronando y la bóveda celeste se tiñó de negro. Millones de estrellas parpadearon sobre la cabeza de los dos hombres, matizando fantásticamente con su luz los perfiles de todas las cosas.

Una ligera brisa se había desencadenado sobre la cima de la montaña, mitigando el ardoroso calor que había gravitado sobre aquellos parajes durante todo el día.

—¿No te parece que es ya hora de que nos vayamos a cenar y a dormir, Nick?

—Si esperas unos minutos podremos irnos hacia nuestra residencia. Ya sabes que el profesor Holm desea que dé un último vistazo general al firmamento antes de que abandone el observatorio.

—El profesor está muy preocupado con las constantes lluvias de aerolitos. ¿Crees que la cosa irá en aumento?

—En esta época del año es corriente que suceda semejante fenómeno, aunque esta vez ha sido más intenso que en otras ocasiones.

Nick cruzó el reducido recinto y fue a sentarse frente al ocular del pequeño telescopio. Con privilegiada mirada fue recorriendo la bóveda celeste, y a cada pequeña desviación del aparato descubría la figura familiar de alguna constelación.

De pronto detuvo el instrumento en un punto fijo del cielo. Sus manos se crisparon sobre el ocular y murmuró algunas palabras incomprensibles.

La actitud de Nick había sorprendido a Toby y no dejaba de observar a su amigo.

—¿Sucede algo, Nick?

—¡Demonio de telescopio! —rezongó Nick malhumorado.

Toby se aproximó hasta su compañero.

—¿Se puede saber qué te sucede?

—¿Quieres mirar tú un momento? —sugirió Nick, al tiempo que se levantaba del pequeño taburete.

—Cualquiera diría que has visto un fantasma —sonrió el joven científico.

—Puede que no andes descaminado del todo, Toby. ¡Uno de esos condenados fantasmas del espacio!

Toby tomó asiento y aplicó su ojo al ocular.

—No veo nada extraordinario, Nick.

—Mira un poco hacia la izquierda. A la altura de la cefeida B-23.

Durante unos segundos reinó el más absoluto silencio, mientras Toby dirigía su atención hacia el punto reseñado por Nick.

—¿No observas, nada anormal?

—¡Ya lo tengo! ¿Te refieres a ese pequeño punto brillante que está al sur de la cefeida B-23?

—Exactamente, Toby.

—Se diría que es un aerolito.

—¿No encuentras nada sorprendente en ese punto luminoso?

—Para ser un aerolito emite una luz demasiado blanca.

Toby abandonó su posición de observador y miró frente a frente a su amigo.

—¿Sacas alguna conclusión, Nick?

—Para ser un aerolito se encuentra demasiado lejos. Ya sabes que no lo veríamos hasta que se incendiase al entrar en contacto con la atmósfera. Y

aun así apenas si duraría un segundo su visión.

—Lo que dices es cierto. Sin embargo, eso no es ninguna estrella. Conozco de memoria esa zona de la bóveda celeste y a ese lugar no corresponde ninguna estrella.

—La situación me tiene desconcertado.

—¿No crees que deberíamos avisar al profesor Holm?

—Ahora es imposible. Salió en las primeras horas de la tarde para celebrar una importante reunión con miembros destacados del gobierno. Lo más probable es que perdiésemos el tiempo tratando de comunicar con él.

—Entonces tomaremos el mayor número de referencias posibles sobre el fenómeno y le rendiremos un detallado informe mañana por la mañana.

—Eres muy optimista, Toby. No veo cómo podamos darle un detallado informe al profesor, si empezamos por ignorar a qué puede deberse tan extraordinario fenómeno.

—Vamos a medir la altura a que se encuentra ese punto luminoso. Por el selector gravitacional podemos conseguirlo perfectamente.

Mientras Nick ocupaba nuevamente su puesto junto al telescopio, Toby se dedicó a consultar varios y delicados instrumentos.

—Oye, Nick, esto resulta cada vez más raro. Ese punto luminoso es una masa material que se encuentra a unos setecientos kilómetros de distancia. Por un cálculo aproximado puedo decirte que se trata de unas cuantas toneladas de materia.

Nick miraba fascinado a través del telescopio y sus facciones se iban desencajando a consecuencia de la emoción que experimentaba.

Dos o tres veces estuvo a punto de decir algo, pero optó por callarse. Toby continuaba sus mediciones y los datos que recibía de los instrumentos eran cada vez más desconcertantes.

—¡Se acerca hacia la tierra! —exclamó Nick, por fin.

Toby relevó a Nick en el telescopio y constató la veracidad del aserto de éste.

El extraño punto luminoso iba descendiendo y la luz blanquecina que reflejaba adquiría un tinte rojizo al adentrarse en una zona más densa de la atmósfera.

—Ese cuerpo no cae hacia la tierra, sino que desciende gradualmente.

—Esa impresión he tenido yo. Si cayese libremente en el espacio, hace ya varios segundos que hubiese chocado contra la superficie terrestre o se habría fundido en el aire.

La distancia era todavía mucha y no se podían precisar los contornos del cuerpo que tan inesperadamente había surgido frente al ocular del telescopio.

Mientras tanto, en el poblado donde se alojaban los trabajadores encargados de realizar la inmensa obra, había cundido la alarma.

El extraño aerolito se percibía a simple vista y la multitud se agolpaba en las calles, saliendo precipitadamente de las casas prefabricadas.

Aquí y allá se formaban grupos de seres que hablaban excitados y señalaban con los brazos extendidos hacia un lejano punto del espacio.

Al principio, la cosa había sido tomada como una curiosa novedad que venía a romper la monotonía de su estancia en aquellos lugares. Pero el extraño cuerpo celeste, en su lento descenso, fue impresionando a la muchedumbre hasta excitarla en sumo grado.

Algunas de las personas más caracterizadas de aquel pequeño pueblo de trabajadores intentaban quitarle importancia al asunto, más en sus propias miradas se adivinaba la incertidumbre y un brillo de mal disimulado temor.

El punto luminoso alcanzó una zona más inferior de la atmósfera y su descenso adquirió un ritmo más solemne, hasta quedar inmóvil como un ave titánica de los cielos que avizorase a su presa.

El rojo fulgor que lo envolvía creció en intensidad y se hizo algo más oscuro. Toda la zona del monte Palomar quedó bañada por aquella luz que parecía salida por una ventana del infierno y algo horrible comenzó a suceder.

Cuantos estaban en la calle cayeron fulminados al suelo y comenzaron a arder hasta convertirse en un pequeño montón de cenizas en el mínimo espacio de un par de segundos.

Las casas resistieron algún tiempo más, pero no tardaron en derrumbarse, llevando la muerte a los seres que todavía quedaban en el interior.

En pocos segundos todo fue un amasijo informe sobre el cual campeaba la muerte y la destrucción.

Un enorme crujido, que provenía del lugar donde se guardaba la inmensa lente, atronó el espacio. Un segundo después, un líquido torrente se deslizaba por el suelo irregular, para evaporarse al instante. El trabajo de tantos años se había volatilizado como la leve nubecilla de humo de un cigarrillo.

Cuando la oscura luz roja fue decreciendo no quedaba ni el más leve rastro de vida en lo que pocos momentos antes había sido un afanoso hormiguero humano.

El punto del espacio comenzó a remontarse. Al fulgor rojo siguió un destello brillante y poco después se perdía en la inmensidad del cielo.

CAPÍTULO II

La encuesta realizada en Washington sobre los acontecimientos del monte Palomar estaba dando a su fin.

Jesse Carnot, el famoso abogado, había asumido la defensa del profesor Holm, sobre el cual recaía toda responsabilidad en el proyecto para instalar en el monte Palomar el mayor telescopio del mundo.

No sólo periodistas de todo el orbe, sino que también científicos de todos los lugares de la tierra habían llenado por completo la inmensa sala donde se celebraba el juicio durante todos los días que duró éste.

Jesse Carnot había tenido más de una ocasión para lucirse brillantemente en la defensa de su patrocinado.

La elocuencia de sus palabras, la fuerza de sus argumentos; la precisión de sus interrogatorios habían ido apartando la responsabilidad del famoso hombre de ciencia, llevando a la convicción de los cuestores la versión más concreta y desapasionada de los hechos.

Miles de hombres habían perecido en la fatídica zona. Centenares de millones de dólares se habían perdido para siempre a consecuencia de la catástrofe y el pueblo americano, a través de los organismos pertinentes intentaba delimitar las responsabilidades del caso.

Un grupo de cuestores, formado por jueces y hombres de ciencia se había encargado de llevar adelante la investigación.

El caso había despertado una curiosidad universal, no tanto por ver cuál iba a ser el dictamen sobre la responsabilidad del profesor Holm, que parecía estar descartada de antemano, como por lo que el tema en sí apasionaba a la humanidad entera.

La catástrofe se había producido en tales circunstancias que mil cábalas y conjeturas se hacían sobre el caso.

Jesse Carnot había llamado al último testigo y éste, el famoso astrónomo Archibald B. Ulma, contestaba con reposado acento a las preguntas del brillante abogado.

—Entonces —preguntaba Jesse en aquel instante—, ¿cree usted, profesor, que la catástrofe del monte Palomar puede obedecer a cualquier descuido en las operaciones que se realizaban allí hace algunos días?

El profesor guardó silencio durante unos segundos, buscando las palabras precisas con las cuales contestar a la pregunta,

—En ningún observatorio —dijo—, aún en uno tan extraordinario como el que se intentaba instalar en el monte Palomar, existen elementos suficientes para provocar una catástrofe semejante.

—¿Ni aun a pesar de proceder con gran negligencia?

—Ni aun así.

—¿Está seguro de no equivocarse? Piense que puede usted ignorar algunos pormenores secretos de la instalación.

El profesor Ulma esbozó una ligera sonrisa.

—¡Ya sería bien extraordinario que sucediese así!

—¿Quiere usted explicarse, profesor Ulma?

—Aunque no he participado directamente en esa tarea, el profesor Holm me ha consultado continuamente sobre la cuestión, como es normal entre colegas. Incluso puedo decir que algunos de los nuevos instrumentos que iban a utilizarse fueron diseñados por mí.

—¿Entonces, cuál ha sido la causa de una catástrofe de tal magnitud? —preguntó Jesse.

El profesor Ulma se tomó unos segundos antes de contestar.

—¿Puede tratarse de un aerolito? —insistió Jesse.

—El impacto de un aerolito de suficientes dimensiones puede causar unos efectos semejantes, pero aquí debemos descartar esa hipótesis, pues no han aparecido rastros de ningún cuerpo celeste.

—¿No pudo haberse fundido en el aire y ser la ola calorífica la responsable del cataclismo?

—Aunque hubiera sucedido así no nos habría sido difícil encontrar rastros materiales del cuerpo extraño. Algunas sustancias se volatilizan con la fusión, pero otras permanecen y vuelven a solidificarse más tarde. Hemos hecho un profundo reconocimiento del lugar de la catástrofe y el resultado ha sido negativo.

—Entonces hay que creer que las causas han de buscarse en los propios elementos que se manejaban en la construcción del observatorio —intervino rápidamente el fiscal.

—Nada de eso —replicó el profesor Ulma—. Ya he dicho antes que no existía ningún elemento capaz de producir tales efectos. Ni siquiera él electroimán cuyo potencial era de un millón de electrón-voltios.

—No es posible que suceda una cosa tan horrible sin que haya una causa que la provoque —insistió el fiscal.

—Indudablemente —repuso el profesor—. Pero no es la primera vez que la ciencia se siente incapaz de dar una explicación satisfactoria a ciertos fenómenos. Este es uno de esos casos.

—¿Quiere usted decirnos cuáles son sus títulos, profesor? —intervino Jesse.

—Soy doctor en Ciencias Físicas y Químicas. Doctor en Biología. Doctor en Medicina. Doctor en Ciencias Exactas. Premio Nobel en Física. Doctor «honoris causa» por ciento dos Universidades extranjeras...

—Es suficiente, profesor Ulma —cortó Jesse, al tiempo que esbozaba una maliciosa sonrisa—. Espero que los señores del tribunal le concedan

plena autoridad para opinar sobre el caso que nos ocupa. Nada más.

Con aquellas palabras había dado fin la prueba pericial de la encuesta y ya sólo faltaba el fallo para determinar si se abría o no un juicio sobre responsabilidades contra el profesor Holm.

Este hombre, de unos sesenta años y frente despejada bajo sus cabellos casi blancos, había permanecido en total abstracción durante la última parte de la encuesta. Sus agudos ojos parecían mirar a un recóndito sitio, como si intentase descubrir con su inteligente mirada la clave de cuanto sucedía.

Una hermosa muchacha de pelo trigueño y extraordinaria belleza permanecía a su lado y ponía en las palabras de Jesse todo el interés que le faltaba al profesor.

—Esto está claro, papá —comentó—. Jesse ha llevado tu defensa admirablemente.

—¿Qué dices, Lucille? —preguntó el profesor Holm.

—Te decía que Jesse...

—¡Ah, sí, Jesse! ¿Qué ha sucedido?

—Ahora va a reunirse el tribunal para decidir —respondió la hermosa joven.

—Es una manera como otra cualquiera de perder el tiempo —rezongó el profesor.

En aquel momento se retiraban los cuestores para deliberar en un salón contiguo. Jesse ordenó un tanto algunos papeles que tenía esparcidos sobre su mesa y luego se dirigió a su ayudante.

—Pon en mi cartera todos los papeles, Sandy. No tardarán mucho en decidir la cuestión.

—Has estado magnífico, Jesse. La reputación del profesor saldrá indemne de este caso.

—Simple cuestión de justicia, Sandy.

Dichas estas palabras se dirigió hacia el lugar que ocupaban el profesor y su hija.

—Has estado maravilloso, Jesse —sonrió la muchacha.

—Quien está verdaderamente maravillosa eres tú —replicó Jesse.

—Me alegro de que lo pienses así, pues ya sabes que tienes que soportarme durante todo tu vida.

El hombre no contestó pero cogió la mano de la muchacha y la besó apasionadamente.

—Gracias por tu trabajo, muchacho —dijo el profesor.

—No tiene por qué dármelas, profesor. El caso no presentaba ninguna complicación. Es mucho el prestigio de usted y el de los demás sabios que han testificado a su favor. Estoy seguro de que los cuestores fallarán el «no ha lugar».

Quince minutos más tarde se producía el fallo según las previsiones

hechas por Jesse. El portavoz de los hombres que habían decidido la cuestión dio el veredicto: «Catástrofe debida a causas inexplicables».

Después de aquellas palabras, los periodistas se aproximaron tumultuosamente a los principales protagonistas de la encuesta.

Objetivo muy principal de la curiosidad de aquéllos era el profesor Holm, como asimismo los demás científicos que habían depuesto en la encuesta.

—¿Es un mal presagio lo que ha sucedido?

—¿Corre peligro la Tierra?

—¿Crea que se hallará pronto la solución a este enigma, profesor Ulma?

—¿Cuál va a ser la dirección de sus investigaciones, profesor Holm?

Con gran celeridad eran disparadas las preguntas, y los dos sabios apenas si tenían tiempo para contestar.

También Jesse fue asediado por los periodistas, pero consiguió zafarse de ellos, alegando que sus conocimientos científicos no tenían ninguna altura y que su actuación sólo se había producido en el terreno de la jurisprudencia.

Después de diez minutos de terrible vocerío, Jesse consiguió asir por el brazo al profesor y a su hija y, con la protección de dos policías, consiguieron llegar hasta el automóvil del primero.

—Os llevaré a casa, Lucille.

—Lo necesitamos mucho, Jesse. Mi padre no está acostumbrado a este terrible alboroto y siente una gran fatiga.

Jesse puso en marcha el motor y esperó a que llegase su amigo y ayudante Sandy.

—Creí que no conseguiría escapar de la voracidad de los periodistas —suspiró éste en cuanto hubo llegado.

—¿Has recogido todos nuestros papeles?

—Aquí lo llevo todo en tu cartera.

Sandy subió al vehículo y Jesse lo hizo arrancar.

El trayecto hasta la casa del profesor se produjo en un silencio casi absoluto. La excitación nerviosa había crecido considerablemente en los últimos minutos y nadie se encontraba con ánimo para hablar.

Por fin llegaron a la residencia del profesor y éste y Lucille descendieron.

—¿No quieres venir a tomar una copa con nosotros, Lucille? —preguntó Jesse.

—No me encuentro con ánimos para ello. Además, mi padre me necesita a su lado.

—No te preocupes, Lucille —repuso Sandy con una sonrisa—. Yo me tomaré la copa que te corresponde a ti.

—Bueno, muchachos —exclamó el profesor—. Ya ha terminado este endiablado asunto de la encuesta. Creo que podré dedicarme a investigar cosas de más interés.

—Por ejemplo, las causas de la catástrofe, ¿no? —apuntó Sandy.

—No andas desencaminado, Sandy. Las autoridades se han preocupado mucho de una serie de tonterías, cuando el verdadero interés del problema, reside en descifrar ¿qué es lo que ha sucedido realmente?

El profesor estrechó la mano de los dos amigos y se encaminó con mesurado paso hacia la puerta principal de su residencia.

—¿Cuándo nos veremos, Lucille?

—Mañana estaré casi todo el día en el Hospital. He de reconocer que he tenido algo abandonados a mis enfermos.

—¿Entonces cenaremos juntos?

—Si tú me invitas, sí —sonrió la muchacha.

—Pasaré a recogerte a las siete. ¿Te parece bien?

—Creo que para esa hora me tendrás dispuesta.

—De no ser así, te esperaré.

—Hasta mañana —se despidió Sandy.

Lucille se inclinó con gesto rápido y dio un cariñoso beso en la mejilla a su prometido. Luego inició una breve carrera para alcanzar a su padre, el cual acababa de introducirse en la casa.

—Maravillosa muchacha —exclamó Sandy—. Has tenido una gran suerte, Jesse.

—Reconozco que es así. ¿No crees que debías buscarte también una mujer con la que formar un hogar?

—Trabajar en el despacho del abogado más famoso de Washington no deja mucho tiempo libre para dedicarse a buscar una media naranja —dijo Sandy.

—Creo que necesitas unas vacaciones. Todos los asuntos que tenemos ahora pendientes pueden esperar.

—Tú tuviste la suerte de conocer a Lucille en la escuela secundaria. No te ha costado ningún trabajo encontrar a la mujer que será la compañera de tu vida.

—Teníamos quince años y ya éramos novios. Si no nos hemos casado antes es por que Lucille se empeñó en terminar la carrera antes de dar un paso semejante.

—¿Qué te parece todo lo que ha sucedido últimamente? —dijo Sandy, dando un nuevo giro a la conversación.

—Lo que ha sucedido es tan incomprensible para mí que no tengo formado juicio sobre ello.

Los dos amigos continuaron hablando sobre el tema hasta que llegaron a la residencia de Jesse. En el momento en que iban a introducir el

automóvil en el garaje un coche descapotable salía del mismo y se detuvo a la altura del de los dos amigos.

—¿Cómo han ido las cosas, Jesse? —preguntó el hombre que conducía el descapotable.

—Todo ha salido a pedir de boca, Christopher.

Los dos hombres que iniciaban el diálogo tenían un parecido tal que apenas si podían diferenciarse entre sí.

Para los que estaban en el secreto, la cosa no tenía nada de extraordinario, pues ambos eran hermanos gemelos.

—Me alegro de que haya sucedido así —respondió Christopher—. Precisamente me dirigía en este instante a visitar al profesor. Todavía tenemos muchas cosas que discutir.

—Se encuentra muy cansado, pero estoy seguro de que te recibirá con gusto. Para él no hay horas ni circunstancias cuando se trata de enfrentar algún problema científico.

Christopher miró a su hermano gemelo y sonrió.

—La ciencia es como un veneno que nos aprisiona y contra el cual no podemos luchar. Muy grave es lo que ha sucedido y el mundo entero se halla contristado por la catástrofe, pero para nosotros se abre un nuevo y misterioso campo que hay que investigar profunda y meticulosamente.

—¿Tienes alguna idea que explique lo que ha sucedido? —preguntó Sandy.

—No, Sandy. Mi misión en el montaje del observatorio afectaba solamente a la parte química. En realidad sé lo mismo que vosotros sobre lo sucedido. No he querido incordiar al profesor durante los días que ha durado la encuesta.

—Ha sido una acción muy delicada por tu parte, Christopher —concluyó Sandy.

—Ahora sólo quiero pediros una cosa —continuó Christopher—. En el laboratorio tengo una reacción de mucha importancia para mis trabajos, que tardará un par de horas en producirse. Os ruego que no os acerquéis por allí. Si vieseis que sucede algo anormal me llamáis a casa del profesor Holm. La reacción desprenderá unos gases cuyos efectos pueden ser muy perjudiciales para la mente humana. Si los aspiraseis podríais ver muy comprometida vuestra salud.

—Descuida —sonrió Jesse—. No pienso meter las narices en tan peligrosa cosa.

—Cenaré fuera de casa. No me esperéis.

Christopher apretó el pie sobre el acelerador y unos segundos después cruzaba la verja del jardín, en dirección hacia su objetivo.

Jesse y Sandy guardaron el coche y se introdujeron en la casa.

Durante una hora continuaron su conversación, mientras saboreaban

dos copas de ginebra. Luego fueron requeridos al comedor por un criado y comenzaron a cenar con buen apetito.

La sobremesa fue breve y no tardaron en dirigirse a sus habitaciones para entregarse a un sueño reparador.

CAPÍTULO III

Fue Sandy el primero en despertarse. No sabía a ciencia cierta si había escuchado un ruido o era simplemente un sexto sentido el que lo había arrancado de su profundo sueño.

Durante unos instantes permaneció con la luz apagada y aguzó el oído, pero el silencio más absoluto reinaba sobre aquel lugar.

La luz de la luna entraba por el amplio ventanal de su habitación e iluminaba una ancha faja de la misma.

Iba a intentar reanudar el sueño cuando un leve resplandor rojizo, procedente del jardín, hirió su pupila.

Por su mente pasó la idea de que se había declarado un incendio en algunos de los edificios auxiliares de la residencia.

Con elásticos movimientos se levantó de la cama y se aproximó a la ventana.

Apenas miró hacia el exterior cuando pudo reconocer la causa de aquel resplandor rojizo: algo anormal sucedía en el edificio de una sola planta donde Christopher tenía su laboratorio.

Este edificio se hallaba en la parte sur de la casa y Sandy lo dominaba perfectamente desde la ventana de su habitación.

A través de los amplios ventanales del mismo podía percibir su interior, donde flotaba una densa nube de humo rojizo, del cual salía el extraño fulgor que le pusiera alerta.

Por un momento pensó en las recomendaciones que les había hecho Christopher y comprendió la necesidad de actuar rápidamente.

Se echó un batín de seda sobre los hombros y golpeó con energía la puerta de madera que separaba su habitación de la de Jesse.

—¡Jesse, Jesse! ¡Despierta!

Su llamada no tuvo contestación y volvió a golpear la puerta con los nudillos, esta vez con mayor violencia.

—¡Jesse! ¡Está sucediendo algo anormal! ¡Despierta!

—¿Qué hay, Sandy? —contestó la voz somnolienta de Jesse.

—¡Abre!

Jesse se levantó de la cama y unos segundos después establecía la comunicación entre las dos habitaciones.

—¿Se puede saber qué demonios te pasa? ¿Acaso tienes un ataque de apendicitis?

—En el laboratorio de tu hermano sucede algo raro. Acabo de verlo desde mi ventana.

Aquellas palabras tuvieron la virtud de despejar por completo el cerebro del abogado.

—¿Estás seguro de lo que dices?

—Ven conmigo y lo verás.

Sandy arrastró a su compañero hasta la ventana y desde allí le mostró el fenómeno que había observado él pocos segundos antes.

—No creo que eso sea nada natural —murmuró.

—¡Demonios! —exclamó Jesse—. Parece que las cosas no han sucedido tal y como tenía previsto Christopher.

—¿Crees que se ha declarado un incendio en el interior del laboratorio?

—No creo que se trate de eso. El color rojo del humo no obedece al reflejo de las llamas. Debe tratarse de la reacción que nos anunció Christopher.

Sandy miró la hora en su reloj de pulsera y no pudo menos que lanzar una exclamación de sorpresa.

—¡Pero si ya hace más de tres horas que ha debido producirse! ¿Cómo no ha venido Christopher por aquí?

Jesse no contestó y los dos amigos se dirigieron rápidamente hacia el vestíbulo de la planta inferior.

Un criado, a medio vestir, se dirigía en aquellos momentos hacia la escalera por la cual descendían los dos amigos.

—Sucede algo raro en el laboratorio —dijo el hombre—. En este momento me disponía a advertirles.

—¿No está mi hermano en su habitación?

—No, señor. Vino dos horas después de cruzarse con ustedes. Estuvo un rato en el laboratorio y luego volvió a marcharse.

Jesse y Sandy se miraron sorprendidos.

—Eso indica que vino a vigilar su reacción —comentó Sandy.

—¿No dejó ningún recado?

—No, señor. Estuvo como cosa de una hora en el laboratorio y volvió a marcharse.

—No sé si se encontrará en casa del profesor, Sandy, pero será mejor que nos cercioremos.

Sandy se dirigió hacia un rincón del vestíbulo e intentó ponerse en comunicación con la casa del profesor Holm, por teléfono.

—Este aparato no funciona, Jesse —dijo al cabo de unos segundos de luchar con el teléfono.

—Llama a la central.

—Tampoco es posible. Parece como si estuviera desconectado.

Jesse meditó durante unos segundos y, finalmente, tomó una decisión.

—Que nadie salga de la casa ni se asome a las ventanas —ordenó al criado que esperaba respetuosamente las órdenes de su señor—. Tú y yo, Sandy, no tenemos más remedio que acercarnos a ver qué es lo que sucede.

Mientras el criado iba a advertir al resto de la servidumbre, los dos

amigos salieron al jardín y se acercaron cautelosamente hacia el laboratorio de Christopher.

La nube rojiza llenaba casi por completo el interior del mismo, desprendiendo extrañamente aquel fulgor.

—¿Se tratará de aquel gas que nos dijo? —preguntó Sandy.

Jesse se encogió de hombros dubitativo.

—No sé qué decirte. Pero me sorprende que Christopher no nos advirtiese de que la reacción se hiciera en dos etapas.

—Quizá se trate de un puro accidente, al margen de la reacción química que estaba esperando. Pueden haberse mezclado dos líquidos inesperadamente, o quizá un ratón ha derribado algún frasco que, al romperse, ha dejado en libertad una de esas substancias raras que maneja Christopher habitualmente.

—¿Estás seguro de que el teléfono no funciona?

—Completamente, Jesse. Debe haber una avería en la línea general, pues el aparato no da el tono necesario.

—Sin embargo, es preciso que demos con el paradero de Christopher cuanto antes. Quizá esto no tenga la menor importancia, pero no me atrevo a tomar decisiones por mi propia cuenta.

Con natural curiosidad dieron la vuelta al edificio rectangular y, por las ventanas posteriores y laterales, pudieron comprobar que el fosforescente humo rojizo invadía por completo el interior del laboratorio.

Por algunas ranuras de puertas y ventanas comenzaba a deslizarse algún que otro fleco del misterioso humo.

—No tenemos otra solución, por el momento, que avisar a los bomberos —dijo Jesse—. Les advertiremos del posible peligro que encierran estos gases y que procedan según crean más conveniente.

—Podemos vestimos en un momento y utilizaremos el coche. Ahora daré órdenes a los criados para que abandonen la casa y pondremos en pie de alarma a las residencias vecinas.

—Creo que podemos dividir nuestro trabajo. Mientras tú haces esto último, yo me dirigiré en el coche a la Jefatura de Policía del Distrito para que intenten localizar a mi hermano. Sería muy conveniente que estuviese presente cuando lleguen los bomberos.

El plan de Jesse fue aceptado sin rechistar por Sandy. Acabaron de rodear la casa y se dispusieron a dirigirse hacia sus habitaciones, con objeto de arreglar su indumentaria. Pero no habían hecho más que avanzar unos pasos en dirección al cuerpo principal del edificio cuando sucedió algo inesperado.

Un profundo mareo les hizo tambalearse casi al unísono. Jesse pasó su brazo por el hombro de Sandy y los dos hombres se detuvieron en su marcha. Una oscura nube descendió sobre sus ojos y las cosas comenzaron

a girar vertiginosamente a su alrededor. Poco a poco fueron doblando las rodillas y unos segundos más tarde yacían sin conocimiento sobre la fina arena del sendero que conducía de la casa al laboratorio.

CAPÍTULO IV

Cuando Jesse abrió los ojos se encontró, sorprendido, en un misterioso lugar. Las primeras palabras que llegaron a sus oídos fueron unas cuantas imprecaciones lanzadas por la voz furibunda de Sandy.

Aunque el lugar estaba tenuemente iluminado, no tardó en descubrir la yacente figura de su amigo, el cual comenzaba a incorporarse en aquellos momentos.

—¡Sandy! ¡Sandy!

—¿Quién demonios me llama? —gruñó el aludido.

—¿Cómo estás?

Sandy se había sentado en el suelo y volvió la cabeza hacia su amigo.

—¡Eh, Jesse! ¿Se puede saber qué es lo que nos ha pasado?

Jesse se levantó y fue a sentarse al lado de su amigo.

—Estoy completamente desconcertado. ¿Qué hacemos aquí?

Sandy se rascó la cabeza en un gesto de perplejidad, y de pronto, brilló una luz en sus ojos.

—¡Ya recuerdo! ¡Estábamos en el jardín de tu casa observando el laboratorio de Christopher! ¡Ese maldito gas nos tumbó en un segundo!

A la mente de Jesse acudieron los últimos acontecimientos. Recordó que se dirigían hacia su casa cuando un repentino mareo asaltó su cerebro. Durante unos segundos luchó por seguir avanzando, pero cada vez se sentía más incapaz de ordenar los movimientos necesarios a sus músculos. Luego, comenzaron a girar las cosas a su alrededor y una profunda oscuridad invadió su conciencia. Después de aquello no recordaba nada.

—Ya recuerdo, Sandy.

—¿Tú crees que hemos sido víctimas de los gases de la reacción que preparaba Christopher?

—Es lo más razonable suponerlo así. Si mal no recuerdo nos habló de ciertos efectos sobre nuestro organismo, incluso me parece recordar que nos dijo algo sobre determinados efectos en la mente humana.

Sandy miró a su amigo y un gesto de duda, no exento de temor, apareció en sus facciones.

—Supongo que esos efectos serán pasajeros. No me gustaría haber cogido una tara física para toda la vida.

—Sé tanto como tú, Sandy. Lo único que puedo decirte es que por el momento me encuentro bien y siento que voy recuperándome totalmente.

Sandy se puso en pie y desperezó con energía sus músculos.

—Tampoco yo me encuentro mal. Quizá ha sido todo un desvanecimiento pasajero.

Jesse imitó a su amigo y sintió que le renacían las fuerzas.

—¿Dónde crees que nos encontramos?

—Si no fuera por esa luz amoratada que se extiende a nuestro alrededor, a unos metros de distancia, diría que nos encontramos en mi jardín. Todavía es de noche y no debe de haber pasado mucho tiempo desde que caímos sin sentido en el sendero.

Sandy miró la tierra sobre la cual posaban sus pies y lanzó una pequeña exclamación de sorpresa.

—¡Demonios! ¡Esto no es el jardín de tu casa! Recuerdo que el sendero es de arena, mientras que esto es una tierra negruzca y un poco pegajosa.

—Tal vez no nos limitamos a quedar sin conocimiento en el jardín. Quizá los gases del experimento de mi hermano tienen un raro poder hipnótico y hemos caminado sonámbulos durante un buen trecho.

—La cosa tendría cierta gracia si yo estuviese seguro de que no ha de volver a repetirse el fenómeno.

—Tendrá que pasar algún tiempo antes de que podamos comprobar cuál es el alcance de los efectos de ese gas.

Los dos hombres ordenaron un tanto sus ropas y sus cabellos y se dispusieron a regresar a casa.

—Creo que cuanto antes nos pongamos en camino más pronto saldremos de esta boca de lobo en que nos hallamos metidos —dijo Jesse.

—No se ve ni la menor referencia que pueda indicarnos en qué lugar nos encontramos.

—Desde luego puedes tener la seguridad de que se trata de algún lugar de las afueras; quizá a varios kilómetros de la ciudad.

—Así debe ser puesto que no se ve ninguna luz ni se escucha ruido alguno.

—Luz sí que se ve alguna, y es esa que parece rodearnos como un hálito fantasmagórico.

Sandy prestó mayor atención y vio que, en efecto, una circunferencia de luz amoratada les rodeaba, a la distancia de unos doscientos metros, de la cual eran ellos el centro.

—En vez de orientarme hace todo lo contrario esa luz, Jesse. ¿Has visto alguna vez algo parecido?

—Sinceramente, no. Si la luz no tuviese ese matiz amoratado se diría que se trata de unos arcos voltaicos.

De pronto, Sandy cogió el brazo de su amigo y lo oprimió con nerviosa fuerza.

—¿Qué te sucede, Sandy?

—Temo una cosa.

—¿Qué es ello?

—¿No crees que pueda ser un efecto óptico, consecuencia de la inhalación de esos endemoniados gases?

—No me sorprendería nada —afirmó Jesse—. Tal vez no hayamos salido tan bien librados como pudiéramos creer en un principio.

—No me gusta nada esta situación —gruñó Sandy.

—Pronto podremos salir de nuestra incertidumbre. Sólo nos resta avanzar hacia ese círculo luminoso y ver si retrocede ante nuestra marcha o si conseguimos alcanzarle.

Los dos amigos se pusieron en marcha y caminaron con paso decidido hacia la misteriosa luz.

Les bastó avanzar unos cincuenta metros para observar que el muro luminoso permanecía en su sitio y se aproximaban a él cada vez más.

—Si se tratase de un defecto óptico a causa de alguna lesión cerebral, esa luz habría retrocedido al mismo tiempo que nosotros avanzábamos —apuntó Jesse.

—Eso me consuela. No deja de ser extraña esa luz que nos rodea, pero prefiero enfrentarme con ese misterio antes que con lo otro.

Los dos hombres continuaron avanzando y no tardaron en situarse a pocos metros del muro luminoso.

Sandy, más impaciente, se adelantó unos pasos e intentó taladrarlo con sus manos.

Jesse vio con horror lo que le sucedió a su amigo. Apenas sus manos habían tocado la cortina luminosa se paralizaron todos sus movimientos **y** pareció quedar convertido en una estatua de piedra. Sus ojos se desorbitaron, por unos segundos y luego cayó al suelo, donde quedó completamente inmóvil.

A la sorpresa inicial sucedió un acusado deseo de acudir en auxilio de su compañero. Salvó en dos zancadas la distancia que los separaba y se arrodilló angustiado sobre la yacente figura de su amigo.

Una palidez mortal cubría el rostro de Sandy y apenas si le quedaba un pequeño hálito de la respiración. Sus ojos habían vuelto a cerrarse y parecía estar en los umbrales de la muerte.

Quiso cogerlo entre sus brazos y, al inclinarse, rozó con un codo el luminoso muro. Inmediatamente experimentó los mismos efectos que había sufrido Sandy: se quedó inmóvil, abrió los ojos desmesuradamente y, por último, se desplomó junto a su compañero.

Cuando recobró el sentido, la situación era aproximadamente la misma que en la anterior ocasión. El amoratado círculo de luz había modificado su posición y volvían a encontrarse en el centro de aquella misteriosa circunferencia. Sandy se encontraba a su lado y todavía permanecía inconsciente.

Se inclinó solícitamente sobre él e intentó reanimarlo, lo cual consiguió pocos minutos después.

Su ayudante y amigo abrió los ojos y los posó con mirada interrogadora

sobre los de Jesse.

—Sí, camarada. Algo extraño ha vuelto a sucedemos. ¿Cómo te vas encontrando?

Sandy consiguió incorporarse y levantó los hombros en un gesto fatalista.

—Ya no sé qué es encontrarse mejor o peor. A decir verdad, no comprendo ni una sola palabra de cuanto sucede. Me dan ganas de comenzar a gritar pidiendo auxilio.

Jesse guardó silencio antes de contestar. Su ágil mente buscaba una explicación plausible para lo que les estaba sucediendo.

—Creo que no ganaríamos nada con gritar.

—¡Pero esto es desconcertante, Jesse! Sucede como cuando uno se pierde en el interior de una habitación que se queda repentinamente sumida en la oscuridad. Sin puntos de referencia para orientarse, uno da vueltas y más vueltas sin acertar a dar con la puerta.

—Empiezo a sospechar que aquí no hay puerta ninguna —sonrió Jesse para dar alientos a su compañero—. De cualquier modo que sea, esta situación no puede prolongarse indefinidamente. Si nos hemos perdido ya darán con nosotros.

—¿Pero qué demonios pasa con esa luz?

—No sé qué responderte. Quizá necesitemos un médico mucho más de lo que parece.

Durante un buen rato se mantuvieron en el mismo lugar, intentando recuperarse totalmente. Luego caminaron con precaución hacia el límite luminoso.

—Yo creo que podíamos intentar nuevamente atravesar esta barrera de luz. Quizá haya sido todo una pura casualidad.

—¿Y también ha sido una casualidad que nos encontrásemos en el centro de este maldito círculo al recuperar nuestra plena conciencia de las cosas?

—Aunque así sea, creo que debemos intentarlo. Al parecer los efectos que hemos experimentado no aumentan gran cosa la gravedad de nuestra situación.

—En ese caso, seré yo quien haga la prueba —decidió Jesse.

—No, Jesse. Tú tienes más poder de observación que yo. Bastará con que te percates bien de todo lo que sucede.

Apenas había terminado estas palabras cuando Sandy se dirigió animosamente hacia el muro de luz. En cuanto llegó a entrar en contacto con él, volvió a repetirse la escena que hemos descrito anteriormente.

Jesse lo vio caer al suelo e hizo un gran esfuerzo de voluntad para no precipitarse en su auxilio.

Durante un par de minutos miró a su compañero tendido en tierra, y

permaneció inmóvil a pocos pasos del mismo.

De pronto sucedió algo que le llenó de asombro: el círculo de luz comenzó a moverse y los dos hombres volvieron a quedar en el centro del mismo.

Por más que intentó taladrar con su mirada el espacio que les rodeaba, no pudo distinguir ningún ser ni instrumento que pudiese provocar aquel extraño fenómeno.

Se arrodilló junto a su compañero e intentó reanimarlo, pero esta vez tardó más de media hora en conseguirlo.

Los dos amigos se miraron en silencio. Luego, Jesse explicó a Sandy lo que había sucedido.

—Todo es cuestión de que no perdamos los nervios, muchacho. Reconozco que la situación es completamente fantástica, pero hay que mantener la cabeza sobre los hombros.

En aquel instante unos puntos de luz amarilla se hicieron visibles en la otra parte del muro luminoso.

—¡Mira, Sandy!

—¡Parecen que se dirigen hacia aquí!

Los seis puntos luminosos iban acortando las distancias y los dos amigos tenían su vista fija en ellos.

—Parecen linternas manejadas por algunos hombres que se aproximan —comentó Jesse.

—¡Por fin vamos a saber algo sobre este endiablado enredo!

Las seis luces se aproximaron hasta ponerse en contacto con el muro luminoso. Apenas lo habían conseguido, desapareció éste y los dos hombres pudieron precisar mejor el perfil de aquellos alrededores.

El cielo estaba tachonado de estrellas y una pálida luz difusa, venida de no se sabe dónde, iluminaba vagamente los contornos de las cosas.

Los hombres que avanzaban con las linternas fueron aproximándose, poniendo gran cuidado en que los haces amarillentos no cayeran sobre los desconcertados americanos.

Por último se detuvieron a pocos pasos de éstos y esperaron en silencio.

—Somos gente pacífica —aseguró Jesse con voz persuasiva—. Nos hemos perdido y nos sucede algo anormal.

Los extraños seres que se perfilaban confusamente tras la amarillenta luz de la linterna, permanecieron inmóviles y no contestaron ni una sola palabra a las explicaciones que intentaba dar Jesse.

—No tienen que temer nada de nosotros —intervino Sandy—. Lo que necesitamos es que alguien nos ayude.

Jesse abandonó su inmovilidad y pretendió acercarse a los misteriosos recién llegados; pero no había hecho más que dar dos o tres pasos cuando una de aquellas linternas eléctricas dirigió hacia él su haz luminoso,

paralizándole todo movimiento.

Sandy inició una protesta al tiempo que se dirigía hacia Jesse, pero otra linterna lo enfocó y sufrió los mismos efectos que su compañero.

Entonces se destacaron dos de aquellos hombres hasta ponerse junto a los sorprendidos amigos.

Una voz imperiosa habló en un extraño idioma y los dos desconocidos comenzaron a registrar precipitadamente a Jesse y Sandy.

El resultado del cacheo debió ser satisfactorio por cuanto las linternas desviaron su luz del cuerpo de los dos jóvenes y éstos pudieron recobrar sus movimientos.

—Si no intentáis resistiros no tenéis nada que temer —dijo uno de los desconocidos, con un raro timbre metálico en la voz.

—Nosotros no intentamos atacar a nadie —fue la respuesta de Jesse—. Somos ciudadanos de los Estados Unidos y exigimos que se nos trate dentro de los límites que establece la Ley.

—Lo único que puedo decirte —contestó el hombre—, es que sois nuestros prisioneros. Mientras obedezcáis mis órdenes nada os sucederá.

Los seis hombres cambiaron el tono de luz y de sus linternas brotó un haz de luz lechosa que iluminó con mayor claridad la escena.

Jesse y Sandy pudieron observar que los hombres que les habían hecho prisioneros poseían una piel sonrosada y tanto sus cabellos como sus cejas y pestañas eran blancos como la nieve.

—No sé de dónde demonios han podido salir tantos hombres albinos —no pudo menos que comentar Sandy.

Jesse no quiso responder nada a su amigo y optó por esperar filosóficamente los acontecimientos.

—Al menor intento de escaparos dispararemos sobre vosotros sin ninguna consideración —dijo el hombre que parecía llevar la voz cantante.

—Sólo quiero recordarles que existen unas leyes y que resulta muy peligroso transgredirlas —contestó Jesse.

El misterioso hombre que mandaba aquel grupo lanzó una pequeña carcajada.

—Ahora vamos a emprender la marcha. Mis hombres no os perderán de vista.

Los seis individuos se pusieron en dos filas y empujaron suavemente a los prisioneros, obligándoles a caminar en aquella semioscuridad que apenas permitía adivinar el perfil de las cosas.

CAPÍTULO V

La situación no era nada recomendable para los dos amigos. Caminaban por un terreno pedradizo, custodiados por los seis implacables guardianes.

Jesse pensaba profundamente en la situación y se percataba de que no iba a ser nada fácil salir de aquel escollo. Aquellos individuos los debían llevar hacia su guarida, donde la posibilidad de escaparse debía reducirse casi a cero.

Eran seis hombres y poderosas parecían ser las armas que manejaban. Aquellas extraordinarias linternas que proyectaban el chorro de luz amarillenta tenían un extraño poder paralizador. Colgados de los hombros de sus guardianes se veían unos pequeños fusiles de caprichoso diseño, los cuales venían a aumentar los peligros de cualquier tentativa de evasión.

Sin embargo, era necesario hacer algo.

Multitud de preguntas se agolpaban en la mente de nuestro héroe, capaz cada una de ellas de sobrecoger el espíritu del hombre más equilibrado. ¿Qué extraña tierra era aquella? ¿Aquellos hombres a qué raza pertenecían? ¿Cómo era posible que dispusiesen de unos adelantos de los cuales jamás había oído hablar, a pesar de sus muchas relaciones con científicos de la más alta categoría?

Todas aquellas preguntas y muchas más asaltaban su cerebro aunque él se propusiese conscientemente no pensar en ellas.

Quería concentrar toda su atención en la busca de una oportunidad que les permitiese escapar al yugo de sus aprehensores. Cada minuto que transcurriera en el cautiverio haría más difícil la fuga.

Sandy caminaba a su lado y sus mandíbulas apretadas y los puños cerrados expresaban claramente cuál era su estado de ánimo.

Para Jesse hubiese sido una gran ayuda poderle consultar sobre las posibilidades de una escapatoria, pero el hombre que mandaba el grupo había demostrado conocer el idioma de los prisioneros y cualquier referencia al asunto podía ser interpretada correctamente por él.

Más de una hora continuó la marcha. Avanzaban lentamente y sus guardianes parecían temer algún oculto peligro.

Dos de ellos fueron destacados a unos cincuenta metros en vanguardia mientras que loa otros cuatro oteaban sin cesar en todas direcciones.

Las luces de las linternas habían sido apagadas y procuraban hacer el menor ruido posible en su avance.

La pacífica actitud de los dos prisioneros había confiado un tanto a los hombres que los vigilaban y caminaban despreocupadamente a su lado.

De pronto, uno de los hombres que abría camino a la comitiva dirigió una voz a sus compañeros y el grupo se detuvo.

El jefe de aquel destacamento dio una breve orden y uno de sus hombres se adelantó para enlazar con los dos que formaban la vanguardia.

Aquella era la oportunidad que Jesse había estado esperando pacienzudamente.

Volvió los ojos hacia su amigo y encontró la mirada despierta de Sandy que lo interrogaba mudamente.

Jesse cerró los puños y bajó los ojos en un gesto de asentimiento.

Los tres hombres que permanecían al lado de los dos prisioneros tenían fija su mirada en el compañero que se había adelantado y parecían esperar alguna cosa.

Jesse lanzó una última mirada a su amigo y, volviéndose rápidamente, descargó un furioso puñetazo sobre la barbilla del guardián que tenía a su lado. El hombre fue pillado desprevenido y alcanzado plenamente por el golpe, saliendo disparado como impulsado por una catapulta.

Sandy giró sobre sus talones y dirigió un golpe al estómago de otro enemigo. Este pudo encajar el puñetazo e intentó levantar la linterna que pendía de su mano derecha hacia el cuerpo de Sandy. Un formidable puntapié se la arrancó de la mano y no tardaron en rodar por el suelo en un dramático abrazo.

Jesse, mientras tanto, había saltado como una pantera sobre el tercero de los hombres y le atenazaba el cuello con sus dedos de hierro. Un grito se ahogó en la garganta de su enemigo y el hombre intentó desesperadamente zafarse de la terrible presa doblándose por la cintura, en un desesperado intento por modificar la posición de las aceradas manos de su adversario. Jesse pareció ceder, pero cuando tuvo al hombre en la posición que deseaba descargó un terrible rodillazo en su frente, haciéndolo rodar por tierra, sin conocimiento.

—¡Acaba de una vez, Sandy!

El estímulo de aquellas palabras no le era necesario a su amigo. En aquel mismo instante descargaba una frenética serie de golpes a la cara de su adversario, el cual abandonaba toda resistencia.

Sandy se puso de pie en un salto y los dos amigos emprendieron una rápida carrera en la lechosa semioscuridad.

El grupo de hombres que iba en vanguardia se había percatado de la acción de los dos amigos y se precipitó en su persecución sin detenerse a auxiliar a sus compañeros caídos.

—No te separes de mi lado —ordenó Jesse, sin detener un punto su carrera—. Nos encontramos en un extraño país y quizá no pudiéramos volver a reunimos.

A sus espaldas escuchaban las trepidantes pisadas de sus perseguidores

y el furioso estallido de sus voces. Sus linternas barrían el terreno intentando localizar a los dos fugitivos.

Sandy y Jesse corrían en violentos zigzags, convencidos de que los rayos de luz amarillenta cortarían en flor su precipitada carrera.

Sin embargo, era tal la excitación de los perseguidores que no paraban mientes en semejante detalle, e iluminaban el terreno con la inofensiva luz blanquecina que habían estado utilizando durante la marcha.

Uno de aquellos haces de luz cayó de pleno sobre la figura de Jesse y un extraño zumbido sonó a sus espaldas. Junto a su oído vibró el aire durante un instante y Jesse creyó comprender que estaban disparando sobre ellos.

Entonces no tuvieron más remedio que separarse, para evitar ofrecer un blanco fácil a sus enemigos.

—Más vale separados que muertos —gruñó Jesse sobre la marcha.

—Si conseguimos despistarlos nos reuniremos en la parte norte de esta zona —murmuró Sandy con voz entrecortada.

Los perseguidores habían conseguido localizarlos y sólo la gran movilidad de los dos hombres les impedía hacer un blanco certero.

Jesse se sorprendía de no escuchar el seco trallazo de los disparos, pero tantas cosas extraordinarias sucedían que una más no tenía importancia. Por el contrario, a sus espaldas se sucedían los extraños zumbidos y a veces oía vibrar el aire junto a su cuerpo, como si un extraño abejorro metálico revolotease a su alrededor.

Por fin algo vino, a golpear su espalda. Era algo indefinible y blando que sacudió por completo todo su organismo, al tiempo que una aguda nota sonora hería sus tímpanos.

Jesse notó que se debilitaban sus fuerzas y se detuvo casi en seco en su carrera. Se le doblaron las rodillas y cayó al suelo.

Durante breves segundos puso toda su voluntad en incorporarse y reanudar su fuga, pero las fuerzas le habían abandonado de tal modo que apenas si logró esbozar unos débiles movimientos.

Todavía se encontraba de rodillas cuando dos de sus perseguidores cayeron sobre él y le imposibilitaron de todo punto.

En pocos segundos consiguieron atarlo fuertemente, haciendo inútil toda posible resistencia.

Una vez que hubieron realizado esta operación se levantaron, incorporándose a la persecución de Sandy.

Los que habían sido derribados primeramente por el inesperado ataque de los dos amigos habían conseguido rehacerse y, como perros detrás de su presa, intentaban cercar al otro fugitivo.

Jesse permanecía en el suelo y escuchaba con atención los ruidos producidos por aquella jauría humana.

Su compañero debía de haberse desviado hacia el oeste, por cuanto que era de aquel lugar de donde provenía el vocerío y los fatídicos zumbidos vibratorios.

De pronto, llegó a sus oídos, clara y distinta, una nota casi musical, muy semejante a la que se había producido en el momento en que las extrañas armas adversarias hicieron blanco en su propio cuerpo.

Las voces dispersas se fueron concentrando sobre un punto determinado y poco después se hizo el silencio, roto de vez en cuando por la voz autoritaria del jefe del grupo.

Aquello no podía significar nada más que dos cosas: Sandy había conseguido hacer que le perdiesen la pista o acababa de caer en manos de sus perseguidores.

De uno u otro modo la persecución había terminado.

Dos minutos o tres, que a Jesse le parecieron otras tantas horas, transcurrieron sin que nada nuevo aconteciese.

Por fin escuchó un rumor de pasos y, aguzando la mirada, descubrió al grupo de hombres que avanzaba hacia el lugar donde él se encontraba.

Su paso era lento y parecían transportar una pesada carga.

Jesse ya no le cupo la menor duda: Sandy había caído también en manos de sus perseguidores

Poco después confirmaba su presunción al ver que dejaban a su lado a Sandy, el cual iba sujeto por fuertes ligaduras, semejantes a las que le aprisionaban a él.

El jefe de la expedición miró furiosamente a los prisioneros y dio algunas órdenes a sus hombres, los cuales se apartaron a unos veinte metros de distancia. Luego descolgó un pequeño cilindro plateado que colgaba de su cinturón y, enfocando a los dos amigos, pulsó un resorte. Un leve círculo de luz amoratada salió del cilindro para posarse sobre la cabeza de los dos amigos. Más tarde fue ensanchándose hasta convertirse en un muro luminoso, semejante al que los había aprisionado algunas horas antes, pero de más reducidas proporciones.

Jesse comprendió. A través del muro luminoso vio cómo se reunían todos los hombres de la partida, disponiéndose a acampar.

Después de su fallida tentativa de fuga ya no volverían a tener otra oportunidad para escaparse. Desde aquel momento, sus guardianes no ahorrarían ninguna precaución para evitar que se escaparan.

Aquella noche que parecía ser eterna envolvía en su negro manto el misterio en que estaban sumergidos y una pregunta martilleaba incesantemente la conciencia de Jesse: ¿Por qué aquellos hombres no los habían matado cuando intentaron huir? ¿Por qué y para qué querían conservarlos vivos?

Había una respuesta, pero Jesse y Sandy aún tardarían algún tiempo en

conocerla.

CAPÍTULO VI

Durante varias horas continuaron todos en la misma situación. Jesse y Sandy optaron por tomar las cosas con calma y consiguieron conciliar un sueño de varias horas, llevando un poco de sosiego a su espíritu y la necesaria recuperación a sus músculos.

Cuando despertaron pudieron comprobar, no sin asombro, que la situación no había variado en lo más mínimo.

—¿No te parece, Jesse, que esta noche dura demasiado? Han transcurrido muchas horas desde que despertamos en este maldito lugar y no veo el momento de que amanezca.

Jesse se frotó la nuca en un gesto instintivo y meditó durante unos segundos.

—Si me dejo llevar por el hilo de mis pensamientos acabaré convenciéndome de que estoy loco.

—¿Cuáles son esos pensamientos, Jesse?

—Ni a ti mismo me atrevo a revelártelos.

—No eres justo conmigo, Jesse. Esta aventura ya dura demasiado y no podemos tener ninguna reserva entre nosotros.

—Es que yo mismo vacilo en creer lo que piensa mi imaginación. ¿Tú me ves normal, Sandy?

—No me sorprende la pregunta por muy extraordinaria que parezca. Yo mismo dudo de hallarme completamente cuerdo.

—Contéstame con toda sinceridad a lo que te he preguntado.

—Sólo te diré una cosa: Si cometieses un asesinato y quisieras alegar en tu defensa el encontrarte loco, no me sería nada difícil demostrar a un tribunal lo contrario.

Jesse escuchó las palabras de su amigo y un suspiro de alivio se escapó de su garganta.

—¿Y qué hay de esos pensamientos de los que me hablabas?

Jesse se detuvo un instante antes de contestar, como si quisiese darse ánimo para ello.

—Antes has apuntado certeramente una cosa: la noche que pesa sobre nosotros dura ya demasiado. Esto no puede tener más que una explicación: nos encontramos en un país situado hacia el círculo polar.

Sandy lanzó un silbido de asombro pero no tardó, en reaccionar con extraordinaria viveza.

—¿Y en el círculo polar hace esta temperatura primaveral y uniforme que estamos disfrutando? ¿Y qué me dices de ese cerco luminoso del cual no podemos escapar? ¿Y de las extrañas armas que emplean esos hombres?

—Entonces no hay más que una explicación a todo cuanto nos sucede:

nos encontramos en otro planeta.

Las palabras de Jesse causaron tal sensación en su amigo que casi no pudo reaccionar. Sus labios se abrieron en un gesto estúpido y miró con ojos desorbitados a su compañero.

—Que... nos encontramos en... —balbuceó— ¡Jesse!

—Comprendo tu asombro, Sandy. Yo mismo no acabo de creérmelo, ¿pero qué otra explicación es posible?

—Sandy tuvo que mirar largamente a su camarada para convencerse de que no estaba bromeando.

—Casi no alcanzo a comprender el significado de tus palabras —confesó Sandy con un acento de asombro en su voz—. ¿Quieres decir que hemos abandonado la Tierra? ¿Que nos encontramos en otro planeta distinto al nuestro?

—Por incomprensible que esto parezca, así es.

—¡Eso es una locura! ¡No puede tomarse en consideración semejante idea!

—Tú mismo has hecho unas preguntas que no pueden contestarse sin el auxilio de esta hipótesis.

—¿Pero quién nos ha podido traer y adonde nos han traído? Reflexiona un momento, Jesse. Mucho es lo que se ha progresado en la Tierra en cuestiones de navegación interplanetaria, pero hasta ahora todo ha quedado reducido al campo de la teoría. ¿Crees que un proyecto de tal envergadura podía permanecer oculto a los ojos del mundo? ¿Y por qué tenían que raptarnos a nosotros para hacer este viaje? ¡Esto es para volverse loco, Jesse! Debemos estar soñando. ¡A veces hay sueños tan reales!

—¡Ojalá sea todo una pesadilla de la que despertemos en el momento más inesperado!

Sandy fijó su mirada en Jesse y luego alargó un brazo para tocarlo.

—Esto no es un sueño, Jesse —declaró con voz opaca—. Tú y yo estamos aquí, realmente.

—Lo mejor será no pensar más en esto, si no queremos correr el riesgo de perder el juicio. Cuanto nos sucede está por encima de nuestra comprensión y debemos aceptarlo con la mayor naturalidad posible. Si es un sueño, espero que no dure demasiado. Si es una realidad, pido a Dios que no permita que el asombro merme nuestras facultades de actuar, pues jamás hombre alguno ha necesitado tener un temple de acero en su alma como lo necesitamos nosotros.

—Tienes razón. Jesse. Todavía somos dos hombres y debemos continuar siéndolo el mayor tiempo posible, pase lo que pase —concluyó Sandy, dando a sus palabras un aire más alentador.

En aquel momento vieron que varias luces se aproximaban hacia el muro de luz amoratada.

—Ahí vienen nuestros guardianes —dijo Sandy.

—Supongo que querrán que nos pongamos en marcha.

Uno de aquellos hombres proyectó el haz de luz amarilla de su linterna sobre la extraña pared luminosa que aprisionaba a nuestros amigos y ésta desapareció como por encanto.

—Vamos a continuar nuestro camino —dijo el individuo que mandaba el grupo—. Ahora dispararemos a matar al menor síntoma de que intentéis escaparos. ¿Comprendido? Tú nos interesas más, Carnot, pero no vamos a permitirte otra intentona como la pasada. En cuanto a éste —dijo señalando a Sandy— depende de su prudencia el que conserve la vida hasta que lleguemos a nuestra base.

—Observo que me conoces —respondió Jesse—. ¿Puedo preguntarte quién eres tú?

—Satisfaré tu curiosidad para que comprendas mejor que es necesario que obedezcas. Me llamo Batul y éstos son los hombres de mi equipo.

—¿Dónde estamos ?

El jefe del grupo miró a su interlocutor y una sonrisa irónica apareció en sus labios.

—Estáis en Zamok.

—¡En mi vida he oído hablar de semejante país! —exclamó Sandy.

—Llámalo país si quieres —sonrió el hombre—. Ese es el nombre de nuestro planeta.

La revelación llenó de asombro a los dos amigos, a pesar de todo cuanto habían hablado anteriormente.

—¿Quieres decir que esto no es la Tierra? —preguntó Jesse.

—Exactamente.

—Entonces...

Batul cortó la palabra de Jesse.

—No esperes de mí que te diga más. Os he dado esta pequeña explicación para que comprendáis cuán inútil es que intentéis escaparos. ¡Ahora, en marcha!

Dos de aquellos hombres desataron los pies de los prisioneros y se aseguraron de que las manos continuaban fuertemente amarradas.

Jesse no pudo menos que observar que ahora eran sólo cuatro hombres los que los escoltaban.

La comitiva se puso en marcha lentamente. Habían avanzado unos quinientos metros cuando se les unió el resto de los hombres que faltaban.

Los recién llegados mantuvieron una breve conversación con el jefe y la marcha adquirió un ritmo más rápido.

De vez en cuando iluminaban el camino con sus linternas, pero más bien para evitar algún tropiezo de los dos prisioneros que para el propio provecho, pues no era difícil observar que aquellos seres veían

perfectamente en la oscuridad.

Al cabo de una hora de marcha, Jesse miró escrutadoramente hacia un lugar situado a unos cien metros a su derecha y llamó la atención de Sandy con un leve carraspeo de su garganta.

Sandy miró hacia el lugar que le indicaba su compañero de infortunio y sus ojos reflejaron la más grande sorpresa.

Una tremenda mole, de unos cien metros de largo y quince o veinte de ancho, se perfilaba en la oscuridad. Su altura no rebasaría los diez metros, dando al extraordinario ingenio una forma aplanada, muy semejante a la de algunos peces.

El llamado Batul dio una pequeña orden en voz baja y la comitiva se detuvo.

Con extremada precaución miró en todas direcciones y luego se aproximó cautelosamente hacia la fantástica nave. Cuando se hallaba a unos cincuenta metros de la misma se detuvo y consultó un pequeño, instrumento que llevaba en la muñeca derecha.

No bien hubo realizado este acto cuando giró sobre sus talones y comenzó a correr hacia el resto del grupo, mientras gritaba unas cuantas palabras en su extraño idioma.

El resto de los hombres acusó una gran agitación y, empujando a los prisioneros, echaron a correr, intentando poner la mayor distancia entre ellos y el extraño aparato.

—¡Que me asen a la parrilla si sé lo que les pasa a estos condenados! —exclamó Sandy.

—Temen algo, según parece —repuso Jesse sin dejar de correr.

Mientras todos corrían a la máxima velocidad que les permitían sus piernas, los fantásticos habitantes de aquel extraño planeta intentaban ponerse sobre los ojos una especie de oscuras gafas de motorista, completamente cerradas.

El jefe del grupo iba en última posición y azuzaba con sus voces al resto del grupo.

Por fin alcanzaron un terreno algo más quebradizo y saltaron dentro de una pequeña grieta, tendiéndose en el suelo.

La violencia de los movimientos hizo que se le saltaran las gafas a uno de aquellos individuos y el hombre, con los ojos cerrados, extendió las manos afanosamente, en un desesperado intento por recuperarlas.

Jesse observaba la extraña maniobra y ya se disponía a alcanzárselas cuando una tremenda explosión atronó el espacio, iluminando con su viva luz el paraje durante una décima de segundo.

La masa de aire desplazado por la explosión barrió materialmente aquel lugar y silbó agudamente sobre los cuerpos de los hombres refugiados en la pequeña grieta.

Jesse y Sandy habían aplastado su rostro contra el suelo y cubrían instintivamente sus cabezas con las manos.

Durante unos segundos pareció que se habían desatado las fuerzas del averno para azotar aquel desolado sitio. La tierra tembló unos instantes y el eco de la explosión pareció desgarrar la bóveda celeste, sacudiéndolo todo con violencia inconcebible.

Pero lo que más sobrecogió el corazón de los dos terrestres fue un alarido, casi inhumano, que se escapó de la garganta del hombre que perdiera las gafas al saltar dentro de la grieta.

Aquel grito desgarrador encerraba una angustia infinita y su timbre desesperado daba una nueva dimensión a la terrible zozobra producida por el cataclismo que acababa de acontecer.

Jesse abrió los ojos y pudo ver al hombre retorciéndose por el suelo como si estuviese poseído por una legión de demonios.

Las manos del desdichado se abatían sobre los párpados en un gesto inútil por resguardarse de un misterioso peligro y su garganta fue transformando el terrible aullido en un lastimero y dramático lamento.

Pasados los primeros instantes de estupor, los demás miembros del grupo se lanzaron sobre su compañero y consiguieron sujetarlo.

El jefe de la expedición abrió una pequeña bolsa que llevaba colgada del cinturón que ceñía su casaca y sacando un pequeño frasco cilíndrico lo aplicó a la nariz del herido.

Casi instantáneamente dejó de gemir y un segundo más tarde recobraba su compostura.

Sin detenerse más tiempo se pusieron en pie y el jefe de la expedición dio la voz de marcha.

—¿Qué le ha pasado a ese hombre? —murmuró Sandy en voz baja.

Jesse no contestó, pero su mirada observaba atentamente al desdichado.

Los sufrimientos del hombre parecían haber cesado completamente, mas su paso era vacilante y tenía que apoyarse en uno de sus compañeros.

Batul iba en cabeza y forzaba la marcha, mientras el resto de sus hombres oteaba con mirada nerviosa los alrededores y esgrimían en sus manos las linternas de luz paralizadora.

—¡Ya lo comprendo! —exclamó Jesse en voz baja.

—¿Te refieres a lo que le pasa a ese hombre?

—Así es, Sandy. ¡Está ciego!

—Su manera de caminar parece indicarlo así, ¿pero cómo puede haberle sucedido semejante cosa?

—Creo que tengo la solución del problema. Estos hombres viven en un planeta sumido en eterna noche. Son algo parecido a los seres que llamamos en la Tierra albinos. El color de sus cabellos así parece indicarlo.

—¿Y qué tiene que ver ello con lo que le sucede a ese desgraciado?

—La cosa es sencilla, Sandy. Estos seres no están acostumbrados a la luz, es decir a una luz tan intensa como la producida por la explosión. La sensibilidad de su nervio óptico ha sido herida por el relámpago, produciéndole la ceguera.

—Y cómo es que los otros no han sido afectados de la misma manera?

—Ellos iban protegidos por las gafas oscuras. Yo vi cómo se le caían a ese infeliz y las buscaba desesperadamente a tientas, pues no se atrevía a abrir los ojos por si le sorprendía la explosión.

—¿Entonces sabían que iba a producirse ésta?

—Así ha debido ser. Cuando Batul se aproximó al extraño ingenio que hemos dejado atrás debió descubrir que iba a estallar como una poderosa bomba. Quizá el aparato que lleva en la muñeca es una especie de detector de minas como los que se usan en la Tierra, sólo que mucho más perfeccionado.

—Se me ocurre una idea, Jesse. Estos hombres parece que huyen de algo. ¿No crees lo mismo?

—Esa misma impresión tengo. Quizá se encuentran en un país enemigo y tienen que proceder furtivamente.

—No sé si eso será bueno o no para nosotros, pero me consuela pensar que no somos los únicos enemigos de nuestros raptores.

—Es posible que acertemos en nuestra deducción. Si es así, quizá tengamos alguna esperanza de salir bien librados de ésta endemoniada e incomprensible aventura.

Los dos terrestres interrumpieron su apagado diálogo para poner atención a cuanto sucedía.

La marcha continuaba precipitadamente y era de observar que se habían desviado considerablemente de la ruta que siguieran hasta entonces.

Batul se volvía de vez en cuando para lanzar algunas escuetas órdenes a sus hombres y éstos parecían poner sus cinco sentidos en conseguir alejarse lo más posible del lugar donde se había producido la explosión. Algunas veces se detenían y escuchaban en silencio, como si esperasen oír a sus perseguidores.

Seis horas más tarde se detuvieron y se aprestaron a acampar durante algún tiempo.

Fue en aquella ocasión cuando los dos terrestres probaron por vez primera los extraños alimentos de aquel planeta, proporcionados por la mano hosca de Batul.

Casi todos ellos estaban hechos sintéticamente y Sandy rezongó algunas maldiciones mientras los engullía.

CAPÍTULO VII

Dos días más de azarosa marcha les costó llegar a su objetivo. Después de caminar un buen trecho a través de un terreno montañoso, se detuvieron en lo alto de una cima y ante sus ojos apareció un espectáculo fantástico.

Al pie de la montaña, sobre una llanura de regulares dimensiones, podían ver una extraña ciudad, surgida como un fantasma en medio de la noche.

No era de grandes proporciones pero su aspecto resultaba fascinante. Todas las casas eran de poca altura y dispuestas con una gran precisión geométrica. Los materiales con que habían sido construidas poseían una suave luminiscencia propia, que envolvía a todo el conjunto con lechosa claridad, dando a las cosas un tinte irreal y mágico.

Batul dirigió desde lo alto una larga mirada a la ciudad y lanzó un suspiro, como si acabara de quitarse un gran peso de encima.

—Ya hemos llegado —dijo brevemente.

—¡Es extraordinario! —exclamó Jesse en voz baja.

—¡Ahora sí que creo que nos encontramos en otro planeta! —contestó Sandy.

—Este es nuestro Cuartel General —informó Batul—. Podéis dar gracias por haber llegado hasta aquí con vida.

—Las gracias las daríamos si no hubiésemos llegado de ninguna manera —respondió Jesse.

—Eres demasiado altivo, Carnot. No te auguro un buen porvenir si continúas en esa actitud.

—Dudo que nuestro porvenir pueda ser más negro de lo que lo es actualmente —intervino Sandy—. ¿Qué demonios hemos hecho para vernos envueltos en medio de tantas cosas insólitas?

—¡En marcha! —ordenó Batul tras aquel pequeño respiro—. Gorma está impaciente por interrogaros.

El pequeño grupo comenzó a descender por la ladera y quince minutos más tarde llegaban a las estribaciones de la ciudad.

Tres vehículos alargados, casi cilíndricos, custodiados por unos diez hombres, les esperaban.

Jesse y Sandy pudieron observar que había alguna diferencia en la indumentaria de los hombres que esperaban con respecto a la de los que los habían apresado. Mientras estos últimos llevaban un «mono» que les cubría desde el cuello hasta los pies y sobre éste una pequeña casaca transparente, los que esperaban ceñían una especie de «maillot» de color naranja, dejando sus extremidades al descubierto.

—Los prisioneros vendrán conmigo en el primer coche —dijo Batul en el idioma de los terrestres.

Acto seguido subieron en uno de los extraños vehículos y no tardó en ponerse en movimiento la caravana.

Aquellos transportes no tenían ruedas y se deslizaban a pocos centímetros del suelo rauda y silenciosamente.

—En este condenado pueblo no parece que haya ninguna mujer —musitó Sandy.

Jesse que no había cesado de mirar a través de las ventanillas asintió con la cabeza.

—¡Es lo único que faltaba para que se me hiciese insoportable tan ingrato lugar! —concluyó Sandy.

—Estáis en el Cuartel General del ejército de Zamok —dijo Batul, el cual no había perdido ni una palabra de aquel monólogo—. Pocos hombres de nuestro planeta han puesto aquí sus plantas, pues el lugar sólo es accesible para los altos jefes y la escogida guardia que lo custodia.

Después de unos minutos de marcha se detuvo la caravana frente a un edificio de grandes proporciones y los dos prisioneros fueron introducidos en el mismo.

En un despacho de forma elíptica esperaba un hombre de avanzada edad, el cual se levantó al ver entrar a los terrestres y abrazó a Batul.

—Sé bienvenido, Batul.

—La misión ha sido cumplida —respondió éste.

—Nuestros pueblos conocen tu heroísmo y en el corazón de cada uno de los habitantes de nuestro planeta se reverencia tu nombre.

Los dos hombres cambiaron algunas frases más y el anciano posó sus ojos en los dos terrestres.

—Quién de vosotros es Carnot?

—Yo —respondió escuetamente Jesse.

—¿Quién es el hombre que te acompaña?

—Se trata de mi ayudante. ¿Puedo saber quién demonios es usted?

El anciano miró a Jesse y respondió fríamente:

—No hay tiempo para perderlo en explicaciones. Gorma nos está esperando.

Se dirigió hacia una puerta situada al fondo de su despacho y abriéndola, se introdujo en la habitación contigua. Unos segundos después reaparecía para ordenar secamente:

—Haz pasar a los prisioneros, Batul.

Una habitación de mayores proporciones apareció ante los ojos asombrados de los terrestres. Al fondo de la misma se levantaba una especie de trono y sentado en el mismo podía verse a un hombre de mediana edad y atlética complexión, a cuyos lados hacían guardia cuatro

inmóviles soldados.

Todos los presentes, a excepción de los dos terrestres, tenían el pelo blanco como la nieve y el cutis sonrosado.

Batul fue a postrarse de rodillas a los pies del mayestático personaje y éste le dirigió la palabra en su idioma nativo. Un poco después se levantó y le dio un afectuoso abrazo.

—Sed también bienvenidos vosotros —dijo a los terrestres en perfecto inglés—. Espero que vuestra estancia en Zamok os sea lo más grata posible.

—No sé cómo puedes desearnos la menor dicha cuando has sembrado la desventura en nuestras vidas —repuso Jesse con altivez—. Si es cierta esta horrible pesadilla, a ti, quienquiera que seas, he de hacer responsable.

—¿Cómo te atreves a manifestarte de tal modo ante nuestro jefe supremo? —dijo Batul, al tiempo que intentaba abalanzarse sobre Jesse.

Pero de nada le sirvió su celo, pues Sandy, cogiéndolo al paso, le propinó un furioso puñetazo que vino a dar con él en el suelo.

—¡Quietos todos! —ordenó con enérgica voz Gorma.

—Hacía tiempo que tenía ganas de hacer una cosa semejante —murmuró Sandy, a quien había sido un verdadero error quitar las ligaduras cuando iban en el extraño automóvil.

—No estáis en condiciones de resistir —continuó Gorma—. Ni todas las fuerzas de vuestro planeta serían capaces de rescataros. Os encontráis a millones y millones de kilómetros de la Tierra y vuestros científicos no conocen siquiera la existencia de Zamok.

—Tal vez sea eso cierto —repuso Jesse—, pero todos los seres humanos han sido creados por un mismo Dios, no importa el planeta que habiten. La ley humana se deriva de su Ley y nadie está autorizado a violarla. ¿No crees que tenemos derecho a protestar?

—Mi derecho es mayor que el tuyo, puesto que defiendo a mi pueblo —replicó Gorma.

—Nada hacíamos nosotros contra tu pueblo. Tú mismo has dicho que los terrestres no conocen siquiera la existencia de este planeta. ¿Qué puedes temer de nosotros?

—Si tu prudencia corre pareja con tu valor no tardarás mucho en enterarte.

Jesse contuvo las palabras que pugnaban por salir de su garganta y guardó silencio. Ahora ya no tenía la menor duda de que era una realidad aquel sueño fantástico y comprendía que era necesario resignarse. Luchar en aquellas condiciones no sólo era suicida sino estúpido.

—Os encontráis en un mundo distinto y superior al vuestro. Durante muchos siglos habéis sido detectados por nuestros instrumentos y conocemos vuestras costumbres y vuestra organización —continuó Gorma

—. Nuestros sabios han estudiado vuestras lenguas, conocen el potencial bélico de los países de la Tierra, vuestros adelantos científicos, todo cuanto es importante o necesario para vuestra existencia.

Gorma hizo una pausa y observó el efecto que causaban sus palabras en el reducido auditorio.

—No comprendo a dónde quieres ir a parar —repuso Jesse.

—Vuestra civilización se encuentra en el mismo estado en que se hallaba la nuestra hace diez mil años.

—Nuestros modales han progresado más rápidamente —dijo Sandy sin poder contenerse.

Gorma hizo caso omiso de aquellas palabras y continuó su explicación.

—Hasta hace muy poco tiempo no habíamos conseguido crear los ingenios necesarios para cubrir la gran distancia que separa nuestros dos mundos. Hoy es eso una realidad y vosotros sois los primeros terrestres que ponéis vuestras plantas sobre Zamok. Podéis ser nuestros huéspedes o nuestros prisioneros. Elegid.

—Estamos verdaderamente maravillados por todo cuanto nos sucede —respondió Jesse—. Es preferible aceptar vuestra hospitalidad que vuestra prisión pero ¿por qué hemos sido nosotros los elegidos para tal privilegio? ¿Por qué no habéis enviado una misión a la Tierra para daros a conocer y entablar pacíficas relaciones? Cierto que allí no van demasiado bien las cosas y la ambición suele ordenar los actos de los hombres, pero el hecho tan extraordinario de vuestra existencia estoy seguro de que cambiaría la faz de nuestro mundo.

—Ahora no puedo extenderme más en mis explicaciones. Brika, nuestro jefe científico, contestará a algunas de tus preguntas.

Una vez que Gorma hubo dicho estas palabras volvió a ocupar aquella especie de trono e hizo un signo al anciano que había introducido a los dos terrestres.

—Si me seguís a mi despacho, tendré sumo gusto en despejar algunas incógnitas —dijo el hombre de ciencia.

Jesse y Sandy obedecieron la indicación y poco después se sentaban alrededor de una mesa en compañía del hombre.

—Nuestra civilización está muy avanzada —dijo, yendo directamente al asunto—, pero nuestras posibilidades están limitadas en algunos aspectos por la constitución material de nuestro planeta. La luz del sol no llega en la actualidad hasta nosotros y las condiciones de nuestro suelo son muy distintas a las de la Tierra. Muchas sustancias que existen en su mundo no existen en el nuestro y viceversa.

—Comprendo —asintió Jesse.

—Necesitamos algunos materiales de extraordinaria dureza, capaces de resistir altísimas temperaturas. Cuantos intentos hemos hecho en ese

sentido han fracasado.

—No pretenderá usted que le resolvamos nosotros esa papeleta, ¿verdad? —sonrió Sandy.

El anciano lo miró fríamente y repuso:

—Eso es precisamente lo que pretendemos.

Semejante respuesta sorprendió de tal manera a los terrestres que tardaron algunos segundos en reponerse de la sorpresa.

—¿Cómo ha dicho usted? —preguntó Jesse estupefacto.

—Queda bien entendido —sonrió el anciano— que contarán con el mejor equipo reclutado entre nuestros hombres de ciencia. Cuantos medios poseemos estarán a su disposición y no escatimaremos ningún esfuerzo por conseguir nuestro propósito.

Jesse y Sandy escuchaban a aquel hombre **y** su asombro no reconocía límites.

—¿Usted está seguro de pretender de nosotros lo que dice? —pudo, por fin, articular Jesse.

Esta vez fue al anciano a quien tocó sorprenderse. .

—¿Por qué no había de estarlo? Ustedes son dos científicos terrestres y sus conocimientos pueden sernos útiles. Tenemos conocimiento de sus trabajos, profesor Carnot, sobre la materia sintética descubierta por usted y a la cual ha dado el nombre de «Borazón-4». Es el material más duro que existe en la Tierra y serviría perfectamente para nuestros propósitos. Queremos que estudie las sustancias que constituyen nuestro planeta y vea la posibilidad de conseguir con ellas un producto semejante al «Borazón-4», cuya fórmula sólo usted conoce.

El hombre terminó su pequeña perorata y miró fijamente a Jesse.

Sandy no pudo contenerse y estalló en una prolongada carcajada, cuyo histerismo llenó de asombro al científico.

—¡Pero ustedes han cometido un tremendo error! —exclamó Jesse—. ¡Yo no sé una palabra de lo que me está diciendo!

Brika clavó sus ojos en Jesse y por su cara pasó un cúmulo de emociones contrapuestas.

—Quiero recordarles las palabras de nuestro Jefe Supremo —dijo al fin —. Pueden ser nuestros huéspedes o nuestros prisioneros. Si no quieren colaborar de grado, lo harán por la fuerza.

—Yo quiero que comprenda usted —replicó Jesse—. Ni mi amigo ni yo tenemos los más leves conocimientos científicos. Somos abogados y nuestra actividad jamás se ha salido de esos cauces.

Brika había crispado los puños y la palidez de su rostro se había acentuado considerablemente.

Con gesto enérgico abrió un cajón de su mesa y sacó una fotografía que puso ante los ojos de los dos terrestres.

—¿Es usted esta persona o no? —preguntó con enfurecido acento.

Jesse miró la fotografía y comprendió al instante.

—¡Ustedes se han confundido! ¡Este hombre es mi hermano gemelo!

—Sí, es Christopher —comentó Sandy después de echar una ojeada a la foto.

Brika pulsó un botón de su mesa y un hombre abrió la puerta del despacho. El anciano transmitió unas órdenes y poco después hacía su entrada Batul.

Durante unos segundos hablaron con voz rápida y Batul asintió repetidas veces con la cabeza.

—Batul fue el encargado de raptarlos a ustedes de la Tierra —dijo Brika—. El y sus hombres llevaron la investigación que condujo a dar con su paradero y asegura que usted es el profesor Christopher Carnot.

—Siento tener que defraudarle —insistió Jesse— Christopher Carnot es mi hermano gemelo.

Aquellas palabras sumieron a Brika en un estado de profunda agitación.

Por su parte, Jesse y Sandy habían podido comprender al fin, la clave que servía para descifrar el tremendo enigma en que se habían sumido sus vidas en los últimos tiempos.

Los seres que poblaban el desconocido planeta habían corrido grandes riesgos y sufrido penalidades sin cuento para resolver un problema que les preocupaba seriamente. Los trabajos realizados por Christopher sobre la nueva materia sintética, eran conocidos vagamente por el mundo entero y había despertado en los zamokianos el deseo de poseer la fórmula. Los motivos por los cuales querían tal cosa todavía no estaban claros para los dos terrestres, pero no cabía la menor duda de que debían ser poderosos.

Brika levantó sus ojos y, de pronto, pareció tomar una decisión.

—Es posible que los hombres de Torca hayan conseguido tomar contacto con vosotros antes de que cayerais en nuestras manos. Eso explicaría el interés que han mostrado en hacer fracasar la expedición de Batul.

—Le aseguro que no sé de qué me está hablando. Cuanto hemos dicho es la pura verdad y harían bien en llegar a un acuerdo amistoso con mi hermano, si es que tanto les interesa su descubrimiento.

—No tardaremos mucho en enteramos si habéis dicho o no la verdad —dijo Brika, cambiando nuevamente el tratamiento que había empleado durante el breve período de amabilidad—. Si nos habéis querido engañar tendréis que lamentarlo.

Cruzó un breve diálogo con Batul y éste salió para volver acompañado por algunos hombres de la guardia.

—Encerradlos bien hasta nueva orden —ordenó Brika—. Me respondéis con vuestra vida de que estos hombres no se escaparán.

Jesse fue a hablar pero lo pensó mejor y se detuvo. Nada de lo que pudiese decir convencería a aquel hombre. Un plan maravillosamente concebido se venía a tierra a causa de un pequeño error y aquellos seres tardarían en admitir su fracaso.

Empujados por sus guardianes salieron del despacho del Jefe Científico. Brika quedó a solas con Batul y los dos habitantes de Zamok se enfrascaron en un largo diálogo.

CAPÍTULO VIII

Los prodigiosos acontecimientos vividos por los dos terrestres, habían agotado de tal modo sus nervios que no intentaron hacer la menor resistencia.

Una reducida celda, cuyos muros estaban construidos por aquel material luminoso que era común a todos los edificios, los alojó con fría severidad.

La puerta de entrada al estrecho recinto se abrió suavemente, como un puente levadizo, y luego se abatió de nuevo, dejando a los dos terrestres en el interior de su fría soledad.

—Bien, Jesse —suspiró Sandy—. ¡Ya hemos regresado a nuestro confortable hogar!

—Es extraño todo cuanto nos sucede, ¿no te parece? ¿Por qué quieren estos hombres la fórmula del «Borazón-4»? Es incomprensible que no hayan entrado en tratos directos con Christopher.

—Y que no hayan dado conocimiento a las autoridades terrestres de su existencia. ¿Puedes imaginarte la conmoción mundial que se habría producido ante semejante acontecimiento?

—Eso indica que sus intenciones no son amistosas con respecto a nuestro mundo.

Sandy no pudo evitar un escalofrío al imaginarse las posibles consecuencias de un ataque en gran escala a la Tierra por parte de aquellos hombres, de cuyo potencial tenían una pequeña pero aterradora muestra.

—Me preocupa eso, Jesse. ¿Crees que podríamos hacer algo?

—No veo la forma en que podamos proceder. Ten en cuenta que nos encontramos a millones de kilómetros de la Tierra, y ni siquiera sabemos dónde diablos está situado este planeta.

—Veo nuestro porvenir más negro que la conciencia de un recaudador de impuestos, Jesse.

—Quizá si pudiésemos...

Jesse se interrumpió y pareció desechar las ideas que asaltaban su mente.

—Continúa, Jesse, te lo suplico. No abandonemos ninguna idea por descabellada que nos parezca.

—Pensaba en la posibilidad de obligar a alguno de estos hombres a que nos devolviese a la Tierra; pero me parece una idea totalmente irrealizable. Tendríamos que escaparnos de aquí, conocer dónde guardan sus naves interplanetarias, aprisionar a una tripulación y forzarles a realizar el viaje.

Sandy miró con desencanto a su amigo y lanzó un silbido de

admiración.

—¡Ahí es nada lo que dices, Jesse! En un momento has esbozado un plan que necesitaríamos diez años en poder llevar a la práctica. No creo que nuestra preciosa vida dure tanto tiempo en manos de estas adorables criaturas que nos han secuestrado.

—Por eso vacilaba en expresarme como lo he hecho. Caminamos a ciegas y todo ello sería cuestión de mucho tiempo y de una gran suerte.

Durante un buen rato permanecieron en silencio, sumidos en su negra desesperación.

—Creo que lo mejor será que intentemos dormir —dijo Jesse—. Nuestro futuro inmediato no se presenta muy risueño y es preciso estar preparados para lo peor.

Los dos amigos se tendieron en el suelo, dispuestos a conciliar el sueño.

—Lo único que me molesta verdaderamente de esta aventura es no poder apagar la luz —sonrió Sandy, mientras procuraba acomodarse lo mejor posible sobre el duro suelo de la celda.

Jesse no tardó en dormirse, escapando momentáneamente a aquella situación por la vía del sueño.

Al principio asaltaron su mente algunas pesadillas y se revolvió inquieto, pero poco a poco fue apaciguándose y sus sueños adquirieron otro matiz: Un círculo de intensa luz blanca iba creciendo ante los ojos de su subconsciente. La luz iba aumentando la intensidad de su fulgor hasta hacerse casi insoportable y Jesse soñaba que permanecía inmóvil, sin poder apartar su mirada del brillante círculo. Luego se fue amortiguando el luminoso fulgor para ser sustituido por el rostro de una mujer.

Jesse la veía perfectamente en su sueño y podía precisar con toda claridad sus rasgos: su pelo era negro como el azabache, tenía las cejas arqueadas sobre unos maravillosos ojos claros y sus bien dibujados labios se abrían en una sonrisa.

En su inconsciencia, quería identificar aquella cara con la de Lucille, pero la imagen se hacía aún más nítida, impidiéndole asociar las dos ideas.

Los labios de la hermosa cara soñada abandonaron la sonrisa y pronunciaron unas palabras: «No luches contra lo que estás viendo. Lucille está muy lejos y yo velo por ti. Soy algo tan real como tu cautiverio».

El durmiente se removió intranquilo sobre el suelo de la celda, pero la imagen continuó: «No todo está perdido. Confía en Sadom.»

La imagen se fue borrando de la mente de Jesse y el círculo luminoso volvió a crecer en intensidad para apagarse súbitamente.

Después de aquel sueño, Jesse permaneció tranquilo y tardó varias horas en despertarse.

Sandy dormía apaciblemente a su lado y aún tardó un buen rato en salir de su sopor.

—¿Cómo te encuentras, Sandy? ¿Has conseguido descansar?

Sandy se frotó los ojos para despejar las brumas de su cerebro y miró a su amigo con mirada optimista.

—Por vez primera, desde que emprendimos esta extraordinaria aventura, he tenido un sueño agradable —contestó—. He visto en sueños a la muchacha más deliciosa que pudiera uno imaginarse.

—Algo semejante me ha sucedido a mí —sonrió Jesse—. Los sueños son mejor que las realidades en este maldito planeta.

—Tenía el cabello negro como el ala de un cuervo y en mi vida he visto unos ojos tan bonitos.

Jesse miró a su compañero y un gesto de extrañeza apareció en sus ojos.

—¿Quieres explicarme con detalle cuál ha sido tu sueño?

—La imagen del maravilloso rostro apareció enmarcada en un círculo de brillante luz. Al principio me sonreía. Luego comenzó a hablarme.

—Es sorprendente —murmuró Jesse.

—¿Qué es lo que te sorprende ?

—Yo he soñado una cosa muy semejante. ¿Quieres decirme exactamente cuáles fueron las palabras que te dijo esa hermosa mujer en tus sueños?

—Yo recuerdo malamente mis sueños después que me despierto, pero aquella deliciosa cara me dijo no sé qué sobre un tal Sadom. Parecía indicarme que ese personaje me ayudaría.

El rostro de Jesse había palidecido y su compañero lo miró con cierta preocupación.

—¿Te encuentras mal, Jesse?

—No, Sandy. ¡Me sucede que he soñado exactamente lo mismo que tú! ¿No te parece esto asombroso?

—¿También tú has visto esa cara?

—No solamente la he visto, Sandy, sino que la he oído en sueños pronunciar las mismas palabras: «No está todo perdido. Confía en Sadom. Yo velo por ti».

—¡Eso es exactamente lo que me dijo! —respondió Sandy extraordinariamente sorprendido por la revelación de su amigo.

—¿Qué conclusión sacas de ello, Sandy?

—No sé qué decirte. Quizá en este planeta haya un sueño único para todas las personas que duerman en una misma habitación. ¡Quién sabe!

Jesse iba a contestar cuando se abrió la puerta de su celda y aparecieron seis individuos armados.

—¡Venid con nosotros! —ordenó imperiosamente el jefe de aquel grupo.

Jesse y Sandy se mostraron un tanto remisos en obedecer la orden y dos

de aquellos hombres les apuntaron amenazadoramente con sus armas.

—Los chicos están un poco nerviosos, Jesse —sonrió Sandy.

—Ya que nos invitan tan amablemente a seguirles tendremos que hacerlo —repuso Jesse poniendo gran sarcasmo en sus palabras.

Bajo la custodia de aquellos seis soldados salieron de la celda y caminaron en silencio por los pasillos y escaleras del edificio.

Unos minutos después se introducían en un recinto de regulares proporciones, donde podían verse algunos extraños aparatos.

Brika los esperaba en el interior de aquella habitación acompañado por cuatro hombres más.

—Vosotros permaneced alerta —ordenó a la guardia— y no perdáis de vista a nuestros prisioneros. Si intentan la menor resistencia entraréis en acción.

El jefe de la guardia dio unas cuantas órdenes a sus hombres y éstos se retiraron hasta la pared dispuestos a intervenir si era necesario.

—Insiste usted en mostramos sus malos modales —dijo Sandy.

—¿Puedo saber qué es lo que quiere de nosotros? —intervino Jesse.

Brika miró a los dos prisioneros y una vaga sonrisa apareció en sus labios.

—Ha sido mucho el trabajo que nos ha costado el traerles hasta Zamok. Hemos solicitado vuestra colaboración y habéis preferido enfrentaros con nosotros.

—Ya le he dicho —respondió Jesse serenamente— que nada tengo que ver con el asunto del «Borazón-4». Ustedes han cometido un tremendo error. Es mi hermano el que ha descubierto esa materia sintética y no yo.

Brika sonrió suavemente y una maliciosa mirada brilló en sus ojos.

—Pronto sabremos si es cierto lo que me dices. Poseemos procedimientos infalibles para descubrir la verdad.

—La verdad es la que hemos dicho —contestó despectivamente Jesse.

—Si es cierto eso, no os auguro un buen porvenir —dijo Brika.

Luego se volvió hacia uno de los cuatro hombres que le acompañaban y dio una orden escueta:

—Prepara el electrograma, Sadom.

Jesse y Sandy cruzaron una mirada de sorpresa al escuchar aquel nombre. Luego volvieron sus ojos hacia el individuo a quien iban dirigidas las palabras del Jefe Científico. Se trataba de un hombre cuya apariencia era muy semejante a la de todos los demás que habían visto en la extraña ciudad.

—Primero probaremos con Carnot —continuó el anciano—. Luego haremos la prueba con su ayudante.

El llamado Sadom operó en un cuadro eléctrico que estaba adosado a la pared y un leve zumbido se esparció por el ambiente. Las luminosas

paredes se fueron apagando y sólo quedó iluminado un rectángulo en la pared contraria.

Una especie de mesa de operaciones surgió del centro de la habitación, remontándose sobre el plano del suelo unos noventa centímetros. Un soporte cilíndrico de cristal servía de sustento a la mesa, y en su interior zigzagueaba continuamente una azulada chispa eléctrica.

Otros dos hombres se aproximaron a Jesse y cogiéndolo por los brazos, intentaron arrastrarlo hasta la mesa.

Jesse no vaciló ni un solo segundo. Rechazó al hombre que tenía a la derecha con un tremendo codazo al estómago y luego golpeó con su puño el pecho del que tenía a la izquierda.

En un segundo se descompuso el orden que reinaba en aquella especie de quirófano. Brika dio una orden a los hombres de la guardia y éstos se abalanzaron contra el furioso terrestre. Sandy saltó como una pantera sobre el pequeño grupo y comenzó a repartir golpes con velocidad y eficacia.

Los hombres rodaban por el suelo y los dos terrestres se movían con celeridad, en un incesante ataque que impedía reponerse a los sorprendidos guardianes.

Pero la lucha no podía prolongarse mucho tiempo. Las fuerzas que contendían eran muy desiguales y los dos terrestres tuvieron que batirse en retirada hasta apoyar sus espaldas contra la pared.

Unos minutos más tarde sucumbían bajo el peso de sus adversarios y quedaban inmovilizados contra el suelo.

Jesse fue levantado en vilo y transportado hasta la mesa. Un haz de luz amarillenta descendió del techo sobre su cuerpo y quedó inmóvil, incapaz de realizar el menor movimiento.

Brika, que era quien había accionado el foco de luz paralizadora, se aproximó al prisionero y lo miró largamente.

—¿Crees que saldrá igual el electrograma, a pesar de la luz paralizadora, Sadom ?

—Quizá haya unas pequeñas interferencias —respondió el aludido—, pero no creo que se modifique sustancialmente la prueba.

—Sigamos, pues.

El llamado Sadom bajó una pequeña palanca situada a la cabecera de la mesa y dos tentáculos metálicos fueron a posarse sobre las sienes de Jesse. En el rectángulo iluminado de pared surgió una onda rojiza que comenzó a vibrar monótonamente.

—Longitud de onda cerebral dos —informó un segundo ayudante de los que acompañaban a Brika.

El anciano accionó un pequeño volante en el cuadro eléctrico y la extraña mesa de operaciones adquirió una tonalidad rojiza. Jesse cerró los ojos y pareció quedar sumido en un profundo sueño.

Unos segundos después comenzaba Brika a preguntar. Sus palabras eran claras y concisas. Jesse no respondía nada, pero en el rectángulo iluminado de pared iban apareciendo las contestaciones. La onda cerebral había desaparecido dando paso a las palabras escritas, que suponían el esfuerzo mental que realizaba Jesse para responder a las preguntas.

Varios minutos continuó aquel fantástico interrogatorio y Brika llegó al convencimiento de que aquel hombre había dicho la verdad.

—¡Basta! —ordenó con voz seca como un trallazo.

Uno de sus ayudantes abrió el circuito eléctrico y la escena volvió a la normalidad de los primeros momentos.

Jesse permanecía con los ojos cerrados y una gran palidez cubría su semblante.

—Podéis llevároslo —dijo Brika.

Dos hombres cogieron al terrestre y lo sacaron de la habitación.

—Vamos a probar con el otro, Sadom.

Sandy fue levantado del suelo y llevado en volandas hasta la fantástica mesa.

Se repitieron las mismas operaciones y el resultado fue idéntico.

Una vez que se hubieron llevado el cuerpo de Sandy, Brika quedó en actitud meditativa unos instantes.

—Todos nuestros esfuerzos han sido vanos —dijo—. Batul tendrá que responder ante Gorma de esta equivocación.

—¿Qué vamos a hacer con los prisioneros? —preguntó Sadom.

—Deben morir. Ahora ya no son más que un estorbo. Voy a informar a Gorma del resultado de esta operación.

Dichas estas palabras dio la espalda a su subordinado y se dirigió hacia la puerta de entrada del laboratorio.

Sadom lo vio alejarse y un brillo agudo se encendió en su mirada, al tiempo que sus labios esbozaban una finísima sonrisa.

CAPÍTULO IX

Los efectos de la operación a que habían sido sometidos los dos terrestres duraron varias horas.

Cuando Jesse recuperó su plena consciencia halló que se encontraba de nuevo en la celda. Sandy estaba a su lado y aún permanecía inconsciente.

Un leve chasquido le dio a entender que la puerta levadiza iba a abrirse y aún tuvo fuerzas para ponerse en pie dispuesto a saltar contra sus guardianes. Su situación parecía no tener remedio y estaba dispuesto a no dar más facilidades a sus enemigos.

La puerta se abrió completamente y la figura de un hombre se recortó en su hueco.

—No intentes nada —advirtió el recién llegado al ver que Jesse se disponía a saltar sobre él—. Soy Sadom.

Jesse detuvo su ademán al oír aquel nombre.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—He venido a ayudaros. No podemos perder ningún tiempo. Se acerca el ciclo final de Torca y debemos actuar antes de que comience.

—¿Cómo puedo saber que es cierto lo que me dices?

—Habéis recibido un mensaje de Nioba anunciándolo. ¿No es cierto?

—No hemos hablado con nadie sobre semejante cosa.

Sadom posó sus francos ojos sobre los de Jesse y sonrió.

—No es preciso que hayáis hablado con nadie —dijo—. Nioba aprovechó vuestro sueño para advertiros. Son muchas las maravillas que poseemos y que todavía no conocéis.

—¿Quieres decir que esa mujer que vimos en nuestro sueño existe realmente?

—Sin la menor duda.

—Pero, cómo es posible que...

—La cosa no es tan extraordinaria como parece. Durante el sueño queda libre el subconsciente y en nuestra mente aparecen mil imágenes, que a veces tienen un realismo casi absoluto. Nosotros disponemos de un aparato llamado «subteleradar», que nos permite adueñarnos del subconsciente de cualquier ser cuya onda cerebral conozcamos. De este modo podemos suscitar en su mente las imágenes que queremos.

—¿Y cómo era conocida nuestra onda cerebral?

—Yo estoy «al servicio» del laboratorio de Brika desde hace mucho tiempo —dijo Sadom sarcásticamente—. Conozco vuestra presencia en esta ciudad desde el momento mismo en que os trajo Batul. No me ha sido difícil medir la onda de vuestro cerebro. El mensaje se hizo por separado a

los dos para asegurarnos de que al menos uno lo recibiría.

Por muy sorprendente que fuese aquella explicación no dejaba de ser convincente y Jesse comenzó a concebir la esperanza de que, por fin, iban a encontrar alguna ayuda.

—Si aún no estás convencido de la honradez de mis intenciones te daré una prueba que espero que sea concluyente.

Sadom extrajo de su bolsillo un frasco de aspecto metálico y un pequeño trozo de tela. Empapó ésta con el contenido de aquél y se frotó vigorosamente la cara y el pelo. Un segundo más tarde desaparecía el blanco color de su pelo, cejas y pestañas para dar paso a un tinte negro como el azabache.

—En Torca no somos albinos como sucede en Zamok —sonrió Sadom.

Jesse no comprendía exactamente todo aquello pero había llegado a la conclusión de que aquel hombre era sincero en su actitud. Quiso decir algo más pero Sadom lo interrumpió con un gesto de su mano.

—No puedo entretenerme en más explicaciones. El tiempo urge y no tardarán nuestros enemigos en percatarse de lo que sucede. Durante años he fingido ser uno de los hombres de Zamok y ahora he recibido órdenes de acabar con esa farsa. Debemos irnos cuanto antes, pues nos lo estamos jugando todo a una sola carta.

—Sandy todavía no ha recuperado el conocimiento. ¿Lo cojo en mis brazos?

—Un momento.

Sadom se arrodilló junto a Sandy y lo observó durante unos o dos segundos.

—Temía algo de esto y he venido prevenido —dijo.

Sacó una pequeña linterna y, abriéndole los párpados, proyectó sobre sus pupilas un brillantísimo haz de luz blanca.

—La luz paralizadora ha bloqueado el dispositivo cerebral que regula el sueño y habría tardado varias horas en despertar. El contraste con la luz blanca anulará los efectos rápidamente.

Dichas estas palabras pasó la linterna al bolsillo de Jesse y comenzó a dar un masaje en la nuca de Sandy.

Antes de quince segundos comenzó a reaccionar el terrestre y poco después se recuperaba por completo.

—Háblale tú para no perder más tiempo —apuntó Sadom.

—¿Qué sucede, Jesse?

—No hay tiempo para explicaciones, Sandy. Levántate y vámonos de este condenado lugar.

Sandy comprendió la intención de su amigo de no perder tiempo y poniéndose en pie se dispuso a marchar.

Cuando atravesaron la puerta levadiza pudieron ver en el suelo a dos

guardianes, al parecer muertos.

—Cosas de la guerra —contestó Sadom a la muda interrogación que le hizo Jesse con la mirada—. A veces el fin justifica los medios.

Dejaron atrás los dos cadáveres» y recorrieron en silencio un estrecho pasillo; luego se desviaron a la izquierda y descendieron por una escalera que los condujo a un amplio sótano

Sadom se detuvo y entregó a los terrestres dos pequeños objetos.

—Ponéoslos en la muñeca. Son dos brújulas fotomagnéticas.

Jesse y Sandy hicieron lo que les ordenaba su salvador y observaron atentamente los diminutos instrumentos. Se trataba de una especie de reloj, en el centro de cuya esfera se veía palpitar una pequeña lucecita roja.

—El grupo que nos espera envía una onda que hace palpitar esa luz. Mientras vayamos hacia ellos la señal será roja. Si nos desviamos más de tres grados de la ruta que debemos seguir la señal será verde. No hay más que girar sobre los talones lentamente hasta conseguir que vuelva la luz roja.

—Realmente maravilloso —se asombró Sandy.

—Estamos operando en territorio enemigo —sonrió Sadom— y todas las precauciones son pocas. Los que nos esperan, un «comando» como diríais vosotros en la Tierra, pueden ser descubiertos por el enemigo y verse precisados a cambiar su posición. Con las brújulas fotomagnéticas siempre encontraremos el camino que nos conduzca hasta ellos.

—Comprendido —repuso Jesse.

—Si nos sucede algo a cualquiera de nosotros, los otros pueden llegar a su destino por medio de este instrumento.

Después de aquellas palabras continuaron su marcha por un verdadero dédalo de pasillos y escaleras y finalmente se detuvieron ante una pequeña puerta.

—Ahora vamos a salir al exterior —susurró Sadom—. Quizá tengamos que luchar, pues no hay ninguna puerta de este edificio que no tenga su correspondiente guardia. Hay que estar prevenidos para cualquier contingencia.

En aquel instante llegó a los oídos de los tres hombres un agudo sonido, parecido a la nota que pudiese dar una inmensa campana. Aquella nota quedó suspendida en el aire durante varios segundos y Sadom crispó su mano sobre el brazo de Jesse.

—¡Acaban de dar la alarma! Ahora empiezan verdaderamente nuestras dificultades.

Con gesto decidido empujó la puerta y en un segundo estuvieron en el exterior del edificio.

Dos hombres les cerraban el paso e intentaron apuntar con sus pequeños y extraños fusiles a los tres fugitivos.

Sadom se lanzó con brioso ímpetu contra uno de ellos y Jesse cayó sobre el segundo.

La lucha fue breve pero muy violenta. Por fin pudieron desembarazarse de los dos centinelas y Sadom gritó:

—¡Seguidme!

Los tres hombres emprendieron una veloz carrera por la calle solitaria. La ciudad se encendía en voces y ruidos de pasos precipitados, que indicaban claramente que la alarma iba cundiendo por todos los rincones.

Sadom corría a la cabeza del grupo y miraba de soslayo a sus compañeros para convencerse de que ninguno de ellos quedaba atrás.

Atravesaron una pequeña plaza y torcieron luego a la izquierda:

—¡Cuidado! —advirtió Jesse—. Ahí hay un vehículo.

—Es el nuestro —repuso Sadom sin detenerse.

En pocos segundos llegaron junto al raro automóvil y se introdujeron en él.

Sadom lo puso en marcha y no tardaron en emprender una veloz carrera.

Las calles iban poblándose de seres que afanosamente se dedicaban a la búsqueda de los fugitivos y Sadom tuvo que hacer verdaderos milagros para poder escapar a las barreras que se oponían a su fuga.

El paso de los fugitivos había sido advertido y los hombres que estaban en la calle hacían señales a sus compañeros para coordinar la persecución.

Apenas un par de minutos duró la diabólica carrera por las calles de la ciudad. Por fin consiguieron alcanzar las afueras y Sadom hizo que el automóvil se elevara cosa de un centenar de metros.

—¿Puede volar este aparato? —exc1amó Sandy.

—Sí, pero solamente a esta altura —repuso Sadom—. No tardarán mucho en lanzar sobre nosotros sus aviones rápidos.

Las palabras de Sadom fueron proféticas. El oscuro cielo de aquel misterioso planeta se iluminó tenuemente en una gran zona, haciendo mucho más visible el aparato con el cual huían los tres hombres.

Sadom, cambiaba constantemente de rumbo, haciendo esfuerzos desesperados por evitar la localización.

Jesse miró por un momento hacia tierra y vio con sorpresa que ésta se deslizaba bajo el vehículo a una velocidad incalculable.

—¿Qué marcha llevamos? —preguntó.

—Unos cien mil kilómetros a la hora —fue la asombrosa respuesta de Sadom.

—¡Cien mil kilómetros! —exclamó Sandy— A esta velocidad no hay quien nos dé alcance.

—No cantes victoria —dijo Sadom—. Ahora estamos más en peligro que nunca. Los aviones ligeros de Zamok pueden alcanzar velocidades diez

veces superiores.

Durante varios minutos continuó la azarosa marcha, mientras sobre sus cabezas cruzaban raudos los fantásticos aviones enemigos, sin que por fortuna reparasen en su presencia.

Sadom desvió su marcha hacia la izquierda, pues la luz de las brújulas fotomagnéticas daba la señal verde.

—Nos hemos desviado de nuestra ruta —comentó brevemente.

El vehículo fue describiendo un gran arco hasta que la luz roja volvió a dejarse ver en las pequeñas esferas.

—Ahora llevamos el camino bueno.

Fue Sandy el primero que se percató del peligro que se les venía encima.

—¡Mirad hacia arriba! ¡Nos han localizado!

Jesse miró hacia el lugar señalado por su amigo y pudo ver cómo uno de los fantásticos aviones de Zamok se dirigía vertiginosamente hacia el coche fugitivo.

Un rayo de oscura luz roja salió emitido desde el aparato perseguidor y sólo una maniobra intuitiva de Sadom evitó que éste fuese alcanzado.

—Si consiguen conectar uno de esos rayos con nosotros, seremos carbonizados en una centésima de segundo —informó Sadom, el cual conservaba una maravillosa sangre fría.

La velocidad del avión era tanta que, en menos de un segundo, pasó sobre el vehículo y fue a perderse en la lejanía.

—Tardará unos segundos en poder hacer la maniobra que le permita volver contra nosotros. La próxima vez no escaparemos. Voy a tomar tierra.

Diciendo estas palabras, Sadom inclinó el vehículo de costado y se dejó caer sobre el suelo. A un metro del mismo hizo recobrar la horizontal al maravilloso automóvil y aterrizó en el espacio de unos quinientos metros.

La maniobra había sido tan perfecta que Jesse y Sandy tuvieron que reconocer la gran pericia del extraordinario piloto que llevaban.

—¡A tierra todo el mundo! —ordenó Sadom dando el ejemplo.

No bien hubieron puesto el pie en tierra iniciaron una loca carrera, intentando poner la mayor distancia entre ellos y el automóvil.

Un punto azulado en el horizonte vino a demostrarles que el avión que los había localizado volvía rápidamente sobre su presa.

El haz de luz roja surgió nuevamente de su proa y barrió por completo el lugar donde Sadom había dejado el vehículo que les sirviera para su fuga.

En un segundo se puso al rojo vivo y poco después se derretía completamente, para evaporarse un segundo más tarde.

La misma tierra que fue barrida por el haz luminoso crujió

siniestramente y una nube de vapores ascendió hacia las alturas.

—Si tardamos un poco más en saltar a tierra ya no existiríamos —comentó Sandy con voz lúgubre.

Los tres hombres siguieron corriendo hasta que la falta de aliento les obligó a detenerse un instante.

—Ya no estamos lejos del «comando» que nos espera —informó Sadom.

—Espero que Dios nos ayude a eludir por completo la persecución —dijo Jesse.

—No tardaremos en tener a miles de hombres detrás de nosotros. El avión informará a todas las fuerzas del lugar en que hemos sido localizados y pronto se presentarán por estos alrededores.

No tardó en cumplirse la predicción de aquel audaz hombre. El cielo que gravitaba sobre sus cabezas comenzó a poblarse con toda suerte de extraños ingenios voladores y cientos de automóviles como el que ellos habían utilizado se fueron concentrando sobre aquel lugar.

—Frente a nosotros hay una pequeña cadena montañosa —dijo Jesse—. ¿No sería mejor que intentásemos escondemos entre sus repliegues?

La cadena montañosa apenas si tendría unos quinientos metros de anchura, pero su longitud se prolongaba de este a oeste hasta perderse en la lejanía.

—Esa puede ser una solución —asintió Sadom—. Siguiendo la dirección oeste podemos llegar hasta muy pocos metros del lugar donde nos esperan. El camino es más difícil pero bastante más seguro.

Redoblaron sus esfuerzos y no tardaron en encontrarse a los pies mismos de las estribaciones montañosas.

Ya casi habían iniciado el ascenso cuando uno de los vehículos que pululaban por aquellos lugares los descubrió.

Con rápida maniobra se posó en el suelo y cuatro hombres saltaron al exterior, empuñando sus armas.

Sadom se encontraba más próximo a la patrulla y consiguió saltarle al cuello al hombre que iba en cabeza. Un hábil rodillazo en el estómago lo hizo doblarse por la cintura y Sadom aprovechó la ventaja inicial para arrancarle el pequeño fusil de las manos.

Con rápido gesto lo dirigió hacia el resto de los perseguidores y apretó el gatillo. Un rayo rojo-oscuro, de las mismas características que el emitido anteriormente por el avión, pero de reducido tamaño, surgió del arma y dos de los perseguidores cayeron fulminados instantáneamente. El cuarto de los hombres de Zamok no había sido alcanzado y consiguió llegar hasta Sadom, descargándole un terrible golpe en la cabeza que lo abatió al suelo.

Inmediatamente quiso hacer uso de su arma contra los dos terrestres, pero ya Jesse había saltado sobre él y lo atenazaba con indecible furia por

la garganta.

El hombre quiso zafarse de la terrible presa, pero Jesse sentía centuplicadas sus fuerzas por la inminencia del peligro y no cedió ni un sólo instante.

Un minuto más tarde yacía su enemigo exánime a sus pies y Jesse se aproximó hacia el grupo formado por Sandy y Sadom.

—¿Cómo está? —preguntó con voz anhelante.

—Ha sido un mal golpe —respondió Sandy—. La herida en la cabeza mana abundante sangre y es muy posible que le haya fracturado el cráneo.

Jesse se arrodilló junto al herido y vio que era cierto cuanto decía Sandy.

De lejos venía un rumor de pasos que se aproximaban a toda velocidad.

—No podemos abandonarlo aquí —dijo Jesse con decidido acento.

—Estoy de acuerdo. Nos quedaremos a su lado y lucharemos hasta la muerte.

—Haremos algo mejor que eso, Sandy. Si consigo hacer funcionar uno de estos fusiles procuraré detener a los hombres que se acercan, mientras tú huyes llevándote el cuerpo de este valeroso amigo.

Sandy miró a su compañero y movió la cabeza negativamente.

—No consiento en salvarme a costa de tu sacrificio. Prefiero quedarme contigo y morir juntos. Tenemos varios fusiles de esos y quizá yo también pueda hacer funcionar uno de ellos.

—No es momento de discutir, Sandy. Te aseguro que no pienso dejarme matar por nuestros adversarios. Amparado en las irregularidades del terreno quizá pueda zafarme a su persecución y alcanzar el punto donde nos están esperando.

Sandy vaciló un segundo y la voz autoritaria de Jesse acabó por decidirle.

—¡No pierdas ni un segundo, Sandy! La brújula te llevará hasta tu objetivo.

Sandy se inclinó hacia el herido y con un poderoso esfuerzo de sus férreos brazos consiguió cargárselo sobre el hombro derecho. Lanzó una última mirada a Jesse y en ella quiso expresarle toda la amistad y cariño que sentía por él. Poco después se apartaba de aquel lugar, guiado por el suave centelleo de la lucecita roja que brillaba intermitentemente en su muñeca.

Jesse cogió el fusil del hombre con el cual había luchado y corrió a parapetarse tras unas rocas.

Pocos segundos tuvo que esperar para ver aparecer a un grupo formado por más de veinte hombres. Iban desplegados en orden de combate y avanzaban cautelosamente.

Durante unos segundos examinó el arma que tenía entre sus manos y

luego se la echó a la cara. Su dedo pulgar se apoyaba en un botón de color rojo, situado al lado de otro verde y otro blanco.

Sabía que aquella era la única posibilidad de frenar a sus enemigos y deseó en lo más hondo de su corazón que aquella fuese la manera de poner en funcionamiento el arma.

El grupo de hombres fue avanzando y Jesse los dejó llegar hasta unos veinte metros de distancia. Entonces apretó el botón y un grito de triunfo se escapó de su garganta.

El fatídico rayo rojo surgió por el corto cañón del arma y vino a incidir con los seis o siete hombres que formaban el ala derecha del grupo. Los efectos fueron fulminantes y causaron asombro y desconcierto entre los que todavía continuaban en pie.

Jesse aprovechó aquel momento de vacilación para escalar unos cuantos metros y volver a dirigir el mortífero haz de luz roja hacia sus enemigos.

Tres hombres más fueron eliminados en esta segunda tentativa, pero el resto consiguió parapetarse y respondió al ataque de Jesse.

Otros soldados de Zamok fueron atraídos al lugar de la lucha y pronto se concentró una importante fuerza en la persecución del terrestre.

Jesse no perdió la serenidad ni un solo segundo. Con maravillosa intuición fue aprovechando las irregularidades del terreno consiguiendo adentrarse en la estrecha cordillera montañosa, al tiempo que imponía respeto a sus perseguidores dirigiendo contra ellos, de vez en cuando, el mortífero haz luminoso de su arma.

Durante más de tres horas continuó aquella silenciosa y terrible lucha.

Jesse había tenido que ir cediendo terreno a sus enemigos para evitar ser envuelto por ellos. Un solo descuido, un solo momento de vacilación sería suficiente para que cualquiera de aquellos hombres consiguiera conectar con su cuerpo el rojo centelleo de su arma.

Jesse sabía que aquella era una lucha a muerte, en la que no existía ninguna posibilidad de quedar herido o prisionero.

Con la celeridad de un rayo saltaba de una roca a otra y conseguía adelantarse con sus movimientos a los reflejos de sus enemigos.

Durante una hora más continuó el trágico juego. Sus perseguidores avanzaban de frente y por sus flancos y Jesse iba retrocediendo.

De pronto se dio cuenta de algo que le hizo estremecerse en un escalofrío. A sus espaldas se interrumpía el monte bruscamente, descendiendo sobre una llanura que se perdía en los confines de la mirada.

Escapar hacia un lado o hacia otro era imposible, pues sus enemigos tenían ocupadas las posiciones laterales. Quizá su táctica había consistido en empujarle hacia aquel sitio, donde forzosamente tendría que luchar a campo abierto.

Jesse no disponía de mucho tiempo para vacilar. Lanzó varias ráfagas sobre sus adversarios, obligándoles a guarecerse cuidadosamente tras las rocas que los amparaban.

Realizada esta acción emprendió un rápido descenso por la vertiente de la montaña en que se encontraba. Su intención era alcanzar cuanto antes la llanura y poner entre él y sus enemigos una distancia lo más grande posible. Quizá, si conseguía su propósito, pudiera despistarles y encaminarse rápidamente hacia el lugar donde le esperaban los hombres de Sadom y que, según había dicho éste, no debía encontrarse muy lejos.

Con todos los nervios en tensión consiguió bajar por la ladera montañosa a una velocidad que hubiera considerado suicida en otras circunstancias. En una ocasión dio un traspiés y estuvo a punto de perder el equilibrio. Por fortuna consiguió rehacerse y continuó su rápido descenso.

Cuando llegó al pie de la montaña dirigió sus ojos hacia la llanura y la vio lisa como la palma de la mano. Sin embargo no tenía más que aquella remota posibilidad de escapar y se decidió.

Durante unos segundos tomó aliento y luego reanudó su carrera.

Notó que la tierra que formaba el suelo de la llanura era blanda y pegajosa, como si se tratase de la arena de un desierto.

Aquello le impedía correr con toda la celeridad que necesitaba, pero hizo un supremo esfuerzo y consiguió avanzar con relativa rapidez.

Ni una sola vez volvió la cabeza para no perder tiempo. Quizá sus enemigos se habrían percatado ya de su abandono de la cima montañosa y estarían en aquellos momentos coronándola.

La semioscuridad reinante en aquel mundo facilitaba considerablemente su propósito. No le cabía la menor duda de que la llanura sería barrida por las luces de los vehículos volantes, pero de momento lo único que pretendía era escapar a las miradas de sus perseguidores.

Una vez que sé hubo adentrado considerablemente en aquel nuevo territorio torció en ángulo recto y caminó nuevamente hacia la cadena montañosa.

Si su buena estrella le acompañaba tal vez consiguiese salvarse merced al sencillo plan que había concebido: Sus enemigos seguirían sus huellas por la llanura y acabarían por percatarse de la maniobra, pero si para ese instante había conseguido alcanzar nuevamente las montañas aún quedaba alguna posibilidad de zafarse a la persecución.

Sus músculos comenzaban a sentir un profundo cansancio y los pies le pesaban como si fuesen de plomo.

Su único objetivo era huir, huir; llegar a las montañas antes de que sus perseguidores se diesen cuenta de la pequeña estratagema.

El pequeño fusil parecía pesar una tonelada y optó por deshacerse de él.

Después de todo ya no podría volver a enfrentarse con sus adversarios pues sus fuerzas estaban llegando al límite. Si volvía a encontrarse con sus perseguidores todo habría acabado.

Abrió sus dedos y dejó caer el arma al suelo. Aquello fue un momentáneo alivio que le permitió acelerar un poco más su marcha.

Por fin volvió a alcanzar la cordillera, esta vez por la vertiente norte. A lo lejos podía oír las voces de los hombres que lo perseguían fieramente, los cuales ya habían descubierto sus huellas sobre la blanda tierra.

Se detuvo un breve instante para tomar aliento y comenzó el ascenso de la cordillera.

La altitud media no sería de más de trescientos metros, pero en esta ocasión le pareció terriblemente alta.

Lentamente y dosificando su esfuerzo comenzó la escalada. La luz roja de su brújula fotomagnética le indicaba claramente que iba en la dirección necesaria, pero lo que no podía saber era a qué distancia se encontraría su objetivo en esa dirección.

Sadom había dado a entender que sus hombres esperaban en la vertiente contraria de la cordillera y hacia allí se dirigía Jesse, concentrando su voluntad en un poderoso esfuerzo para no dejarse caer al suelo, rendido.

Por fin consiguió llegar a la cima y luego atravesar los quinientos metros de anchura. Luego comenzó a descender. Tenía una gran sed y su vista se iba debilitando por momentos.

Lanzó una última mirada a su brújula fotomagnética y observó con asombro que la luz roja había cesado de oscilar para quedar inmóvil. Aquello no podía significar más que una cosa: el grupo de Sadom debía hallarse en las proximidades y la onda emisora que accionaba el instrumento influía más directamente en el mismo.

Cerró los ojos un momento y luego volvió a abrirlos, dirigiendo una mirada circular a sus pies. Si no era una alucinación producida por su terrible agotamiento podría jurar que sus ojos acababan de descubrir un extraño ingenio.

Se trataba de un aparato de forma redonda, cuyo diámetro sería de unos diez metros y apenas de un par de metros de altura. La oscuridad de la noche y el color de que iba pintado apenas si lo hacían visible, encajonado como estaba entre dos salientes montañosos.

Había sido una verdadera casualidad que posase la mirada sobre el extraño aparato y se restregó los ojos incrédulo para ver si se borraba la visión.

La imagen continuó en su sitio y ya no tuvo la menor duda de que era real. No tenía la menor seguridad de que fuese una nave aérea al servicio de los hombres que esperaban rescatarlo pero en sus condiciones físicas ya no podía elegir. El extraño aparato se hallaba a unos doscientos metros de

distancia y hacia él se encaminó, descendiendo el último tramo de la ladera.

Ya casi había conseguido llegar al pie mismo de la montaña cuando sus ojos descubrieron la figura de un hombre de Zamok, el cual, tumbado en el suelo, espiaba sigilosamente el emplazamiento del aparato.

Jesse hizo un movimiento de sorpresa y retrocedió unos pasos intentando esconderse tras una irregularidad del terreno, pero la falta de dominio que tenía a consecuencia del terrible cansancio le hizo que delatara su presencia.

El hombre de Zamok oyó un ruido a sus espaldas y aun tuvo tiempo de ver a Jesse que se ocultaba detrás de un enorme pedrusco.

Aquel individuo iba armado. No se sentía capaz de atacar a los hombres que espiaba, pero Jesse era una fácil presa para él.

Se levantó y, empuñando su pequeño fusil, comenzó a avanzar hacia el sitio donde Jesse se había guarecido. Este oyó progresar los pasos de su adversario y miró desesperadamente en todas direcciones.

Irremisiblemente estaba perdido. No sólo no era capaz de huir sino que no le quedaban fuerzas para intentar un cuerpo a cuerpo con aquel hombre.

Desesperadamente palpó sus bolsillos en un gesto instintivo, como si fuese posible hallar en ellos una pistola o cualquier otra arma.

Por un instante le dio un vuelco el corazón. Un objeto duro, del cual no tenía el menor recuerdo, surgió del bolsillo de su chaqueta.

Los pasos del hombre de Zamok avanzaban inexorablemente y ya no debía separar a los dos contendientes más de una decena de metros.

Jesse reconoció, por fin, el objeto que había sacado de su bolsillo: era la pequeña linterna eléctrica que había utilizado Sadom para devolver el conocimiento a Sandy.

Una idea pasó por su mente y sintió que una leve esperanza nacía en su corazón.

El hombre de Zamok había acortado más aún las distancias y comenzaba a rodear la gran roca, mientras llevaba dispuesto en sus manos el fusil para entrar en acción.

De pronto, Jesse lo vio dar la vuelta. También el hombre de Zamok había descubierto al terrestre y modificó rápidamente la posición en que llevaba el arma, al objeto de barrer a Jesse con una ráfaga de los mortíferos rayos. Pero éste se adelantó una décima de segundo. Apretó el botón que ponía en funcionamiento la linterna y el finísimo haz de luz blanca vino a dar en los ojos de su enemigo.

El efecto fue instantáneo: aquel hombre lanzó un grito y cerró los ojos con fuerza.

La intensidad de la luz no era bastante para dejarle ciego, pero sí lo suficiente para deslumbrarle, impidiéndole una visión normal de cuanto le rodeaba.

Pasaron unos segundos y el hombre intentó abrir los ojos nuevamente pero Jesse, que había cambiado convenientemente de posición, volvió a herir su retina con la luz de la linterna.

El soldado de Zamok apretó el botón de su fusil y barrió desesperadamente los alrededores con el terrible rayo.

Jesse se movía constantemente y atacaba a su adversario desde los más distintos sitios, impidiéndole recuperar la visión.

Diez minutos duró aquella extraña lucha, hasta que un agudo estampido rasgó la atmósfera y el hombre de Zamok cayó al suelo sin vida.

Jesse no comprendía lo sucedido. Vio que unos cuantos hombres avanzaban hacia él. En un gesto inútil levantó su linterna y poco después se desplomaba en el suelo.

CAPÍTULO X

Cuando Jesse abrió los ojos se encontró en el interior de una extraña cabina metálica. Un delicioso rostro femenino se inclinaba sobre él y sonreía apaciblemente.

Jesse no tuvo que esforzarse mucho en reconocer a la mujer que había soñado.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó la mujer.

—¿Dónde estoy? —inquirió Jesse a su vez.

—Estamos entre amigos —dijo una voz a su lado en la cual reconoció la de Sandy.

—¡Sandy! —dijo al tiempo que volvía la cabeza—. ¿Cómo ha sucedido el milagro de que volvamos a encontramos?

—Da gracias a Nioba. Estamos en su nave interplanetaria y ella ha sido quien nos ha rescatado de una muerte cierta.

Jesse miró a la hermosa mujer y le dirigió una sonrisa de gratitud.

—Por un momento llegamos a desesperar de que pudiesen alcanzar nuestro aparato —dijo la hermosa mujer.

—Yo no sé cómo lo he conseguido —sonrió Jesse.

—Nosotros te vimos cuando te enfrentabas con tu linterna con el hombre de Zamok —dijo Sandy—. Para ese instante ya me encontraba yo entre esta maravillosa gente que nos ha acogido.

—Mandé a dos de mis hombres y éstos acabaron con tu adversario —dijo la muchacha.

—Os doy las gracias por vuestra oportuna intervención —dijo Jesse—. No creo que hubiese podido eludir durante mucho tiempo las terribles ráfagas mortíferas que lanzaba aquel hombre.

—Nosotros también debemos daros las gracias —repuso seriamente Nioba—. Sandy nos trajo en un titánico esfuerzo el cuerpo casi sin vida de Sadom. Luego nos contó tu heroica decisión de enfrentarte con los hombres de Zamok para hacer posible la operación de Sandy. Cuando Sadom llegó hasta aquí apenas le quedaba un hilo de vida.

—¿Se ha podido hacer algo por él? —preguntó Jesse anhelante—. ¡Es uno de los hombres más maravillosos que he conocido en mi vida!

—Llegó con el cráneo fracturado —sonrió la muchacha al ver el sincero interés manifestado por Jesse—. Unos minutos más y hubiese muerto. Por fortuna, Sandy nos lo devolvió a tiempo. Ya ha sido operado y no tardará más de dos o tres días en recuperarse plenamente.

Jesse hizo un gesto de asombro pero Sandy intervino con rapidez.

—No te sorprendas, Jesse. Yo mismo vi la operación y resultó algo maravilloso. Nuestros cirujanos de la Tierra son unos pequeños aprendices

al lado de estos hombres. Una hora después de la operación ya puede hablar con nuestro amigo. ¡Es asombrosa la eficacia de nuestros nuevos huéspedes!

Durante un breve instante se hizo el silencie y por fin tomó Jesse la palabra.

—¿Puedo saber hacia dónde nos dirigimos?

—Hacia la Tierra —respondió Nioba sencillamente.

Jesse, ya recuperado totalmente, se levantó y dirigió una mirada a cuanto le rodeaba. No cabía la menor duda de que se encontraban en el interior de un ingenio volador. Además de Nioba y Sandy había ocho o diez hombres más, encargados del complicado manejo de la nave. Todos ellos iban vestidos con «monos» de una tela verde brillante y eran de complexión robusta.

—¡Resulta maravillosamente fantástico que estemos de retomo a la Tierra! —exclamó.

—No tardaremos mucho en llegar y quiero daros antes algunas explicaciones —intervino Nioba.

—Realmente las necesitamos —repuso Jesse

—Habéis sido rescatados del planeta Zamok.

—¿Qué planeta es ese? —preguntó Jesse—. Tal vez nosotros lo conozcamos con otro nombre.

—No —repuso suavemente la muchacha-—. En la Tierra no se conoce este planeta. Pertenece al sistema solar pero no es visible ni detectable con los instrumentos que poseéis. Mis hombres y yo pertenecemos a Torca. Zamok y Torca son dos planetas relativamente próximos, pues el primero es una especie de satélite del segundo. Ambos planetas sostienen una guerra fría, que a veces adquiere caracteres dramáticos. Desde hace más de cien años nos encontramos en esta situación, a causa de la ambición de los hombres de Zamok.

—¿Entonces era a los seres de Torca a quienes temía Batul cuando nos conducía hacia la maldita ciudad donde reside el Estado Mayor de Zamok?

—Exactamente. El aparato con el cual hicisteis el viaje desde la Tierra sufrió una avería y tuvo que aterrizar en un lugar batido por nuestros «comandos». Nosotros teníamos una vaga idea de la pretensión de los zamokianos con respecto a los terrestres y decidimos ganarles la partida. El resultado lo estáis viendo en este instante. Fuimos nosotros los que volamos la nave interplanetaria de Batul. Luego dimos la orden a Sadom para que os libertase, trayéndoos hasta nosotros.

—¿Pero por qué los hombres de Zamok tienen tanto interés en conseguir una materia parecida al «Borazón-4»? —preguntó Sandy.

—La explicación encaja perfectamente en lo que acabo de deciros. Los hombres de Zamok han conseguido un nivel de progreso muy semejante al

nuestro, pero la constitución material de su planeta les priva de ciertas sustancias que les son necesarias. Sus naves interplanetarias están constituidas por materiales que no resisten determinadas temperaturas. Pueden alcanzar enormes velocidades en el espacio vacío pero en presencia de una atmósfera han de proceder con forzosa lentitud.

—¿Y qué tiene eso que ver con el «Borazón 4» ? —preguntó Jesse.

—A ello voy —respondió la muchacha—. Basándonos en esas circunstancias hemos montado el sistema defensivo de Torca. En vez de lanzamos a una guerra de destrucción total hemos preferido dotar a nuestro pequeño planeta de un sistema que nos permite elevar la densidad de la atmósfera según nuestros deseos. Las naves de Zamok se ven obligadas a reducir su velocidad en cuanto entran en contacto con esta atmósfera y ello nos permite destruirlas fácilmente, pues nosotros sí que poseemos materiales de gran dureza y capaces de resistir las más altas temperaturas.

—Es asombroso —murmuró Jesse—. ¡La guerra de dos mundos!

—Asombroso y desgraciado — completó la muchacha.

—¿Y por qué vosotros tampoco habéis enviado una misión a la Tierra? —preguntó Sandy.

—Ese es nuestro proyecto pero todavía no podemos realizarlo. Nuestro planeta Torca atraviesa cada dos años por la fase final de su recorrido. A ese período de tiempo le llamamos ciclo final de Torca. Durante ese período de tiempo que dura varios meses, todos los seres vivos de nuestro planeta se hallan en vida latente, pues las condiciones de la existencia se modifican de una forma terrible.

—¿Y cómo es posible conseguir semejante maravilla?

—Todos los niños que nacen en nuestro planeta son operados a las pocas horas de haber nacido, modificándoles algunos órganos internos, de forma que puedan sumirse en el largo letargo durante el período de tiempo que dura el Ciclo Final de Torca. Hasta hace poco tiempo, nuestras naves interplanetarias no eran capaces de cubrir la distancia que nos separa de la Tierra. Hace poco más de un año que conseguimos darles el suficiente radio de acción, pero nuestra situación con respecto a Zamok nos ha impedido sacar un provechoso rendimiento de nuestros avances.

—¿Y dices que ahora va a comenzar el Ciclo Final de Torca? —preguntó Sandy, el cual se comía con la mirada a la maravillosa mujer que les estaba hablando.

—Así es. Ese es el motivo por el cual os trasladamos directamente hacia la Tierra, aunque esto supone una terrible carrera contra el tiempo. Vuestro organismo no está adaptado para vivir en las condiciones que se dan en ese período de tiempo y moriríais en cuanto nuestro planeta entrase en esa fase de su órbita.

—¿Y vosotros, qué vais a hacer?

—Intentar volver a Torca en cuanto os hayamos dejado en la Tierra. Nuestra presencia allí es totalmente necesaria.

—¡Quédate con nosotros, Nioba! —exclamó Sandy sin poder contenerse.

La muchacha lo miró brevemente a los ojos y una triste sonrisa se reflejó en ellos.

—No es posible, Sandy. Quizá volvamos a encontrarnos alguna vez, pero ahora no es posible prolongar nuestra estancia junto a vosotros.

Aquellas palabras pusieron un triste acento en la mirada, de Sandy, y Jesse comprendió que el muchacho se había enamorado locamente por la deliciosa beldad que tenían frente a ellos.

—Espero que sí volvamos a vernos —dije Jesse—. Los científicos de la Tierra se enterarán de cuanto nos ha sucedido y es de esperar que intenten una aproximación entre estos distintos mundos.

—Todo es posible —suspiró Nioba—. Sin embargo daría cualquier cosa por que ya hubiese transcurrido el Ciclo Final de Torca. Los seres que pueblan Zamok son ambiciosos y están comenzando a disponer de naves interplanetarias de gran radio de acción. Eso me hace temer por vosotros, terrestres.

Jesse iba a responder a aquellas palabras cuando uno de los hombres que tripulaban la astronave se dirigió a Nioba.

—Nos encontramos en las proximidades de la Tierra, Nioba.

—¿¡Pero es posible que hayamos hecho el viaje tan rápidamente!?

—No ha sido tan rápido como tú crees —sonrió Nioba—. Estuviste más de treinta horas durmiendo en cuanto te trajimos a nuestro aparato.

—Llevamos un retraso considerable en nuestro horario —continuó el tripulante—. Tendremos que penetrar en la atmósfera a gran velocidad y apenas dispondremos de unos segundos para dejar a estos hombres en la Tierra. Si no procedemos así no podremos alcanzar Torca antes de que entre en el Ciclo Final. Y ya sabes que eso significaría nuestra muerte, Nioba.

—¡Pero en ese caso...!

—Ya lo sé. Nioba, pero es preciso proceder así. Los dos hombres son fuertes y creo que podrán resistir la prueba.

Nioba miró a los dos terrestres con una profunda mirada de preocupación.

—No queremos significar para Vds., un estorbo demasiado grande —dijo Jesse—. Procedan como crean oportuno, sin tenernos en cuenta a nosotros,

—La excesiva velocidad en una atmósfera densa como es la de la Tierra, puede tener terribles consecuencias para vosotros —explicó el hombre de la tripulación a los dos amigos—. Sin embargo creo que podréis

resistir la prueba. Si no procedemos así pereceremos todos los demás. Nuestro organismo está preparado para atravesar el Ciclo Final de Torca y no podríamos subsistir en la Tierra. El tiempo para nuestro regreso está también limitado hasta el último segundo. Esos son los datos del problema que nos angustia en estos momentos —concluyó el hombre.

—Entonces no lo penséis más —dijo Jesse—. Jamás nos perdonaríamos el conservar la vida a cambio de que vosotros la perdieseis. Obrad según creáis más conveniente.

Nioba miró a los dos terrestres y se detuvo algún tiempo más en Sandy y luego tomó una decisión:

—Será como tú dices —replicó al hombre que mantenía el diálogo con ella—. Entraremos en la atmósfera terrestre a gran velocidad.

—Entonces no hay tiempo que perder. Inyectaremos a estos hombres con «Aldehína» para hacerles una desconexión total del sistema sensorio y al menos les evitaremos sufrimientos.

—¡Dios quiera que puedan resistir la prueba! —exclamó Nioba.

Los dos terrestres fueron trasladados a la pequeña clínica de la astronave, en una de cuyas literas pudieron ver a Sadom, el cual les sonrió levemente.

Jesse y Sandy fueron despojados de sus camisas y un hombre de edad avanzada se aproxime a ellos y les hizo tenderse en dos literas.

Nioba miraba la operación y una angustia infinita se mostraba en ellos.

En un momento fueron preparadas las inyecciones y el doctor —que no otra cosa era el provecto hombre— se acercó a los dos terrestres.

—Esto les ayudará a soportar la prueba, hijos —dijo con cariñosa voz.

Sandy miró a Nioba y sus ojos se cruzaron con los de la muchacha.

—El haberte conocido es suficiente recompensa para cualquier cosa que pueda pasarme — sonrió.

Nioba alargó sus manos y estrechó fuertemente las de Sandy.

Jesse adelantó su brazo con gesto sereno y su voz fue firme cuando dijo:

—Cuando usted quiera, doctor.

El hombre se inclinó sobre el brazo de Jesse *y* hundió la aguja de la jeringuilla en el mismo. Un instante después lo hacia en el brazo de Sandy y los dos terrestres quedaron sin conocimiento sobre las literas que ocupaban.

—Dios querrá que resistan —murmuró Nioba con un fervoroso acento en la voz.

Un silencio impresionante gravitó sobre todos los presentes hasta que fue roto por la voz de uno de los pilotos.

—Dentro de unos segundos entraremos en la atmósfera terrestre. ¡Preparados para el choque!

La redonda nave interplanetaria, entró en contacto con la atmósfera, girando a gran velocidad. Una tremenda explosión, producida por el choque, sacudió la bóveda celeste y el aparato se deslizó en sentido lateral hacia la superficie del planeta.

Alguien desde la Tierra escuchó el tremendo trueno y levantó la cabeza hacia el cielo despejado. Ni una sola nube podía verse en lontananza y nada parecía presagiar la tormenta que anunciaba aquel trueno.

FIN DEL TOMO I

LA REVANCHA DE ZAMOK

Una apasionante novela del

PROFESOR HASLEY

que hará vibrar a nuestros lectores. La historia que contaban aquellos dos hombres era totalmente increíble y, sin embargo, dependía de ella la vida de la Humanidad.

LA REVANCHA DE ZAMOK

era la de un pueblo ambicioso, que no reconocía límites en el empleo de sus criminales medios

EL PROFESOR HASLEY

ha sabido dar a esta novela la emoción y realismo que caracterizan a su certera pluma, y que conseguirá emocionar a los lectores, haciéndoles imposible el abandonar la lectura de esta magnífica novela.

LA REVANCHA DE ZAMOK

era la lucha del odio contra el amor. Próximamente será publicada en la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: **6** *pesetas.*